

Audiolibro La Impaciencia Del Coraz
N Stefan Zweig 1 7

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Augusta Solomon (*La Tuque*)** - - - - La impaciencia del corazón. Stefan Zweig. Traducción de J. Fontcuberta. BARCELONA 2006 – ACANTILADO. «Al que tiene le será dado.» Estas palabras del Libro de la Sabiduría las puede corroborar cualquier escritor sin miedo alguno en el sentido de que «a quien mucho ha narrado le será narrado». Nada más engañoso que la idea demasiado deferente de que en el escritor trabaja ininterrumpidamente la fantasía, de que él crea hechos e historias a partir de un acopio inagotable y sin pausa. En realidad, en vez de inventar, sólo necesita dejarse encontrar por los personajes y los acontecimientos, los cuales, siempre que haya conservado una elevada capacidad de mirar y de escuchar, lo buscan sin cesar para que los refiera, a quien a menudo ha intentado explicar destinos, muchos le cuentan el suyo. También el suceso que voy a reproducir aquí me fue confiado casi en su totalidad y, justo es decir, de una manera completamente inesperada. La última vez que estuve en Viena, cansado después de mil gestiones, busqué al caer la noche un restaurante de arrabal que creía que había dejado de estar de moda y sería poco frecuentado. Pero, apenas entré, comprobé con irritación mi error. Justo de la primera mesa se levantó un conocido mío con todas las muestras de una alegría sincera, pero no correspondida por mí tan fogosamente, y me invitó a sentarme con él. Decir que aquel obsequioso caballero era antipático o desagradable sería faltar a la verdad; era de esa clase de personas sociables por naturaleza que coleccionan relaciones como los niños sellos y que por eso se enorgullecen de modo especial de cada ejemplar de su colección. Para este curioso y bonachón personaje —su profesión secundaria era la de archivero cualificado, y muy erudito—, todo el sentido de la vida se reducía a la modesta satisfacción de poder añadir con vanidosa naturalidad junto a cada nombre que de tarde en tarde leía en el periódico: «Un buen amigo mío» o bien «ayer mismo me lo encontré» o bien «Mi amigo me ha dicho y mi amigo opina», y así sucesivamente. Nunca dejaba de aplaudir a sus amigos en los estrenos, al día siguiente telefoneaba a los actores felicitándolos, no olvidaba un solo cumpleaños, pasaba en silencio notas de prensa desagradables y les enviaba las elogiosas expresándoles su más cordial simpatía. No era, pues, un mal hombre, sino sinceramente obsequioso, y se sentía feliz cuando se le pedía un pequeño favor o cuando añadía un nuevo objeto a su gabinete de curiosidades. Pero no es necesario describir con más detalle al amigo «Adabei» —este término burlón y humorístico que equivale a la vez a cotilla y lapa y que suele aplicarse en Viena a esta clase de parásitos de buen talante que pululan dentro de los abigarrados grupos de esnobs—, pues todo el mundo los conoce y sabe que uno no se puede librar sin grosería de su conmovedora inocuidad. De modo que me senté resignado a su mesa y durante un cuarto de hora tuve que escuchar su verborrea, hasta que entró en el local un hombre fornido y llamativo por su rostro juvenil y rebosante de salud, con un punto de gris en las sienes que lo favorecía; su porte un tanto erguido al andar lo reveló en el acto como ex militar. Mi vecino dio un respingo para saludarlo con su típica obsequiosidad, aunque el caballero en cuestión correspondió a su ímpetu con más indiferencia que cortesía, y todavía el nuevo cliente no había acabado de pedir la bebida al presuroso camarero, cuando mi amigo Adabei ya se me acercó para susurrarme al oído: «¿Sabe quién es?» Puesto que yo conocía desde hacía tiempo su prurito de coleccionista de exhibir triunfante cada ejemplar más o menos interesante de su colección y temía prolijas explicaciones, me limité a responder con un «no» carente de interés y seguí diseccionando mi tarta Sacher. Pero esta indolencia mía incitó aún más al cazador de nombres y, tapándose la boca con la mano por precaución, me sopló con voz apagada: «Pues éste es Hofmiller, de intendencia general... Ya sabe, aquel que ganó la condecoración de María Teresa durante la guerra.» Como este dato no pareció impresionarme en la medida esperada, empezó a desembuchar con el entusiasmo de manual de lecturas patrióticas diciendo que el tal capitán de caballería Hofmiller había llevado a cabo grandes hazañas en la guerra, primero en caballería, luego en aquel vuelo de reconocimiento sobre el Piave en el que derribó él solo tres aviones, y finalmente en la compañía de ametralladoras en la que ocupó y mantuvo un sector

del frente durante tres días. Contó todo esto con muchos detalles (que aquí omito) y mostrando en cada momento su inmensa sorpresa por el hecho de que yo no hubiera oído hablar de aquel hombre admirable al que el emperador Carlos había distinguido con la más singular condecoración del ejército austríaco. Involuntariamente me sentí tentado a mirar hacia la otra mesa para ver una vez en la vida y a dos metros de distancia a un héroe marcado por la historia. Pero me encontré con una mirada severa y enojada que más o menos venía a decirme: «¿le ha estado contando embustes acerca de mí ese individuo? ¡No se me quede usted mirando boquiabierto, que no hay nada que ver!» Al mismo tiempo, el caballero apartó la silla a un lado con un gesto inequívocamente desabrido y nos dio la espalda con aire decidido. Aparté los ojos un tanto avergonzado, y a partir de entonces evité por discreción rozar con la mirada siquiera el mantel de aquella mesa. No tardé en despedirme del bendito parlanchín, sin dejar de observar al salir que en el acto se trasladaba a la mesa de su héroe, probablemente para informarle sobre mí con la misma diligencia con que me había hablado antes de él. Esto fue todo. Unas cuantas visitas a la ciudad y a buen seguro habría olvidado este encuentro fugaz si la casualidad no hubiera querido que al día siguiente me viera de nuevo en una pequeña tertulia frente al desabrido caballero que, además, con su esmoquin de noche tenía un aspecto todavía más llamativo y elegante que con su traje homespun más deportivo de la víspera. A ambos nos costó disimular una sonrisita, esa sonrisa ominosa entre dos personas que comparten un secreto bien guardado en medio de un grupo. Me reconoció exactamente igual que yo a él, y es probable que estuviéramos irritados o divertidos también de la misma manera a causa del fracasado chismoso del día anterior. Por el momento, evitamos entablar conversación, cosa que hubiera resultado inútil porque a nuestro alrededor se había iniciado una animada discusión. El objeto de la disputa se puede adivinar de antemano si menciono que tuvo lugar en el año 1938. Futuros cronistas de nuestra época comprobarán un día que en aquel año casi todas las conversaciones mantenidas en este país de nuestra asolada Europa estaban dominadas por las conjeturas sobre la probabilidad de que estallara o no una nueva guerra mundial. Inevitablemente el tema fascinaba en cualquier tertulia, y a veces uno tenía la impresión de que no eran los hombres quienes desahogaban su miedo en suposiciones y esperanzas, sino la atmósfera misma, por decirlo así, el ambiente de la época, agitado y cargado de ocultas tensiones, que deseaba descargarse en la palabra. El anfitrión, abogado de profesión y altercador de carácter, dirigía la tertulia. Demostraba con los argumentos habituales el habitual disparate de que la nueva generación sabía lo que era la guerra y ya no se lanzaría a una nueva contienda tan improvisadamente como a la anterior. Cuando los movilizaran dispararían los fusiles hacia atrás, y sobre todo los veteranos como él no habían olvidado lo que les esperaba. En un momento en que decenas y centenares de miles de fábricas producían explosivos y gases tóxicos, me irritó la jactanciosa seguridad con que descartaba la posibilidad de una guerra de forma tan indolente como sacudía la ceniza de su cigarrillo con un ligero golpe del dedo índice. No siempre se debía creer aquello de lo que uno quería convencerse, respondí con resolución. Las autoridades y los organismos militares que dirigían el aparato bélico tampoco dormían y, mientras nosotros nos embriagábamos con utopías, habían aprovechado con creces los tiempos de paz para preparar y organizar a las masas y en cierto modo tenerlas disponibles y prontas para hacer fuego. Ya entonces, en medio de la paz, el servilismo general había adquirido proporciones increíbles gracias al perfeccionamiento de la propaganda, y a que teníamos muy claro el hecho de que, tan pronto como la radio transmitiera a todos los hogares la orden de movilización, no habría oposición alguna. El hombre era una partícula de polvo sin voluntad que no contaba para nada en aquel momento. Naturalmente los tuve a todos contra mí, pues la experiencia nos demuestra que el instinto de autoatardimiento del hombre prefiere librarse de los peligros conocidos en su fuero interno a base de declararlos nulos y sin valor, y esta advertencia contra un optimismo fútil a la fuerza tuvo que resultar inoportuna a la vista de la espléndida cena que ya nos esperaba en la sala contigua. Entonces, inesperadamente, se colocó a mi lado como padrino de aquel duelo el caballero de la orden de María Teresa, precisamente el hombre en quien mi equivocado instinto había sospechado un adversario. «Sí», dijo con vehemencia, era un puro disparate pretender tomar en consideración hoy día la voluntad o la falta de voluntad del material humano, pues en la próxima guerra la ejecución de la misma se asignará a las máquinas y las personas quedarán relegadas a la condición de simples componentes. Ya en la última contienda no había encontrado a muchos en el campo de batalla que se hubieran declarado claramente a favor o en contra de la guerra. La mayoría se había visto arrastrada a ella como una nube de polvo por el viento y metida después en el gran torbellino, los individuos, sin contar con su voluntad, habían sido traqueteados de un lado para otro como garbanzos en un gran saco. En suma, quizás incluso más hombres se habían refugiado en la guerra que huido de ella. Lo escuché asombrado, había despertado mi interés sobre todo la vehemencia con que siguió hablando. «No nos engañemos. Si en algún país hoy se hiciera propaganda a favor de una guerra exótica, por ejemplo en la Polinesia o en un rincón de África, miles y cientos de miles acudirían corriendo a la llamada sin saber muy bien por qué, quizá sólo por el deseo de huir de ellos mismos o de circunstancias desagradables. La resistencia real a una guerra difícilmente puedo estimarla en más de

cero. La resistencia de un individuo frente a un organismo exige siempre mucho más valor que el simple dejarse arrastrar, es decir, valor individual, y esta especie está en vías de extinción en nuestra época de organización y mecanización crecientes. Yo he encontrado en la guerra casi exclusivamente el fenómeno del coraje de las masas, del valor de los que están en formación militar, y si alguien observa con lupa este concepto, descubrirá unos componentes muy peculiares: mucha vanidad, mucha ligereza e incluso aburrimiento, pero sobre todo mucho miedo... Sí, miedo de quedarse atrás, miedo de ser blanco de burlas, miedo de actuar solo y, sobre todo, de oponerse al entusiasmo de masa de los demás; la mayoría de los que pasaron por los más audaces en el campo de batalla, los he conocido después personalmente en la vida civil como héroes muy dudosos. Por favor, entiéndame, dijo, dirigiéndose cortésmente al anfitrión, que torcía el gesto, «no soy en absoluto una excepción.» Me gustaba cómo hablaba y deseaba acercarme a él, pero en aquel momento la anfitriona llamaba a la cena y, sentados muy lejos el uno del otro, no pudimos reanudar la conversación. No coincidimos de nuevo hasta el guardarropa cuando todo el mundo se retiró. «Me parece», dijo sonriendo, «que nuestro común protector ya nos presentó indirectamente.» Yo le devolví la sonrisa: «Y detenidamente, además.» «Con toda seguridad exageré contándole que soy un Aquiles y más de una vez se colgó mi medalla sobre el pecho.» «Más o menos.» «Sí, está condenadamente orgulloso de ellas... como de los libros que usted escribe.» «¡Curioso individuo! Pero los hay peores... Por lo demás, ¿le importa que caminemos un trecho juntos?» Echamos a andar. De pronto se volvió hacia mí: «Créame, no hablo por hablar si le digo que lo que más me ha hecho sufrir durante años es esta medalla de María Teresa, demasiado llamativa para mi gusto. Quiero decir, para serle franco, que cuando la conseguí en el campo de batalla, al principio me emocionó, claro está. Al fin y al cabo uno había sido educado para soldado y había oído hablar de esta condecoración en la escuela de cadetes, una distinción que se otorga a una docena como máximo en una guerra y que, por decirlo así, cae del cielo como una estrella. Sí, para un muchacho de veintiocho años es mucho. Uno se encuentra de pronto ante la tropa, todo el mundo mira con asombro cómo de golpe algo brilla en tu pecho como un pequeño sol y el emperador, su inaccesible majestad, te estrecha la mano para felicitarte. Pero, mire usted, esta orden sólo tenía sentido y validez en nuestro mundo militar. Cuando se acabó la guerra, me pareció ridículo ir toda la vida por el mundo marcado como un héroe porque una vez actué con coraje durante veinte minutos..., probablemente no con más coraje que otros diez mil en comparación con los cuales mi única ventaja fue que se fijaran en mí y, más sorprendente todavía, la suerte de regresar vivo a casa. Ya al cabo de un año, cuando por doquier la gente se quedaba mirando el trocito de metal para luego deslizar los ojos respetuosos hacia mi rostro, me harté de ser un monumento ambulante, y el enojo que me producía esta eterna ostentación fue uno de los motivos decisivos que me indujeron a vestir de paisano tan pronto como pude después de la guerra.» Se puso a andar con más viveza. «Uno de los motivos, digo, pero el principal era de carácter privado, y quizás a usted le resulte todavía más comprensible. El motivo principal fue que en el fondo yo mismo ponía en duda mi legitimidad o cuando menos mi heroísmo. Yo sabía mejor que los ignorantes mirones que tras esta medalla había alguien que era cualquier cosa menos un héroe e incluso un antihéroe declarado..., uno de los que corrieron a la guerra con tanta furia sólo porque querían ponerse a salvo de una situación desesperada. Éramos más desertores de nuestras responsabilidades que héroes de nuestro sentido del deber. No sé cómo lo verá usted pero a mí por lo menos la vida con aureola y nimbo me parece antinatural e insoportable. Y me sentí francamente aliviado al no tener que pasear más mi biografía de héroe colgada del uniforme. Todavía ahora me molesta que alguien desentierre mi gloria pasada y, por qué no se lo voy a confesar, ayer estuve a punto de acercarme a su mesa para increpar al pelmazo y decirle que fuera a jactarse con otro. Durante toda la velada me dio pena la mirada respetuosa que me dirigía usted, y de buena gana, para desmentir a este charlatán, le hubiera invitado a usted a escuchar por qué caminos tortuosos me convertí en héroe... Es una historia bastante extraña y, sin embargo, podría demostrarle que a menudo el valor no es sino la otra cara de una debilidad. Por lo demás..., no tendría inconveniente en contársela ahora mismo. Lo que ocurrió a un hombre hace un cuarto de siglo ya no le incumbe, pero puede que desde entonces interese a otro. ¿Tiene tiempo? ¿Y no lo aburro?» Naturalmente tenía tiempo. Anduvimos todavía un buen rato arriba y abajo por las calles ya desiertas y también nos vimos con frecuencia los días siguientes. He cambiado muy pocas cosas de su relato, quizá digo ulanos en vez de húsares, he desplazado un poco las guarniciones en el mapa para disimularlas, y por precaución he eliminado los nombres reales. Pero no he modificado ni inventado nada de lo esencial, y no soy yo, sino el narrador, quien empieza ahora a narrar. «Hay dos clases de piedad. Una, débil y sentimental, que en realidad sólo es impaciencia del corazón para liberarse lo antes posible de la penosa emoción ante una desgracia ajena, es una compasión que no es exactamente compasión, sino una defensa instintiva del alma frente al dolor ajeno. Y la otra, la única que cuenta, es la compasión desprovista de lo sentimental, pero creativa, que sabe lo que quiere y está dispuesta a aguantar con paciencia y resignación hasta sus últimas fuerzas e incluso más allá.» Todo empezó con un desatino, una torpeza completamente excusable, una gaffe, como dicen los

franceses. Después intenté remediar mi estupidez, pero cuando se quiere reparar con demasiadas prisas la ruedecita de un reloj, se suele estropear todo el mecanismo. Incluso hoy, al cabo de los años, soy incapaz de delimitar dónde terminó mi pura impaciencia y dónde empezó mi culpa. Probablemente nunca lo sabré. Tenía por aquel entonces veinticinco años y era teniente en activo en el regimiento X de ulanos. No puedo afirmar que hubiera sentido nunca una pasión especial o una vocación interior por la carrera militar. Pero cuando dos niñas y cuatro rapaces siempre hambrientos de una vieja familia de funcionarios austríaca se sientan a una mesa mal provista, no se les pregunta por sus inclinaciones, sino que se los mete temprano en el horno de la profesión para que no graven por demasiado tiempo el presupuesto familiar. A mi hermano Ulrich, que ya en la escuela se quemaba las pestañas con tanto estudio, lo metieron en el seminario; a mí, que tenía los huesos fuertes, me mandaron a la academia militar: desde allí el hilo de la vida se devana automáticamente, no hace falta seguir lubricándolo. El Estado se ocupa de todo. Al cabo de pocos años y gratis, de acuerdo con el modelo diseñado por el erario, de un rapazuelo pálido e imberbe se consigue un sargento de incipiente barba y se lo envía al ejército listo para el uso. Un día, el del cumpleaños del emperador, cuando yo todavía no había cumplido los dieciocho, me licenciaron y poco después asomé la primera estrella en mi uniforme; así terminó la primera etapa y a partir de entonces pudo empezar el turno de los ascensos, siguiendo su curso mecánicamente y con las debidas pausas, hasta la jubilación y la gota. Tampoco había sido deseo mío servir precisamente en caballería, tropa por desgracia muy cara, sino un capricho de mi tía Daisy, que se había casado en segundas nupcias con el hermano mayor de mi padre cuando aquél pasó del Ministerio de Hacienda a la presidencia de un banco, un puesto mucho mejor remunerado. Rica y esnob a la vez, no podía tolerar que alguno de la parentela que también se llamaba Hofmiller maculara la familia sirviendo en infantería; y como este capricho costaba cien coronas al mes, tuve que mostrar ante ella la más sumisa gratitud a cada instante. Nadie había pensado, y yo menos que nadie, si quería servir en caballería o siquiera estar en activo. Montado en la silla me sentía bien y mis pensamientos no iban más allá del cuello del caballo. En aquel noviembre de 1913 alguna orden debió de deslizarse de un despacho a otro, pues de improviso nuestro escuadrón fue trasladado de Jaroslau a otra pequeña guarnición en la frontera húngara. Poco importa el nombre de esta pequeña ciudad, pues dos botones del mismo uniforme no pueden parecerse tanto como una guarnición de provincias austríaca a otra. En una como en otra, los mismos edificios militares: un cuartel, un picadero, una plaza de armas, un casino de oficiales, más tres hoteles, dos cafés, una confitería, una taberna y un deslucido teatro de variedades con segundas damas de belleza pasada que hacían horas extra repartiéndose cariñosamente entre oficiales y voluntarios de un año. En todas partes el servicio militar significa la misma monotonía vacía y ajetreada, horas y horas distribuidas según un reglamento rígido e invariable desde hace siglos, y tampoco el tiempo libre parece muy variado. En el comedor de oficiales, las mismas caras y las mismas conversaciones; en el café, las mismas partidas de cartas y el mismo billar. A veces me maravilla que el buen Dios se haya molestado en colocar un cielo y un paisaje diferentes alrededor de los seiscientos u ochocientos tejados de una ciudad como ésta. Una ventaja, sin embargo, ofrecía mi nueva guarnición frente a la anterior de Galitzia: tenía una estación de tren expreso y estaba, por un lado, cerca de Viena, y, por el otro, no lejos de Budapest. Quien tenía dinero —y en caballería sirven siempre los ricos, muy especialmente los voluntarios, en parte aristócratas, en parte hijos de fabricantes— y se espabilaba a tiempo, podía coger el tren de las cinco en dirección a Viena y regresar con el nocturno a las tres y media de la madrugada. Tiempo suficiente, pues, para ir al teatro, pasear por el Ring, hacerse el caballero y de paso ir en busca de aventuras. Algunos de los más envidiados tenían incluso casa permanente o una habitación en una pensión. Por desgracia estas escapadas vivificadoras excedían mi presupuesto mensual. Mi única distracción era el café o la confitería y allí, como quiera que en las partidas de cartas se apostara demasiado fuerte para mí, me dedicaba al billar o al ajedrez, todavía más barato. Así pues, también aquella tarde —debió de ser a mediados de mayo de 1914— estaba sentado en la confitería con un compañero casual, el farmacéutico de El Ángel de Oro y a la vez viceburgomaestre de la pequeña ciudad. Hacía rato que habíamos terminado nuestras tres habituales partidas y seguíamos hablando a ratos sólo por pereza de levantarnos —¿adónde ir en aquel aburrido rincón del mundo?—, pero la conversación se iba apagando lentamente como un cigarro consumido. Entonces, de pronto se abre la puerta y como un soplo de aire fresco entra una bonita muchacha balanceando una falda acampanada: ojos castaños y almendrados, tez oscura, vestida con exquisitez, nada provinciana, y, sobre todo, una cara nueva en aquella lastimosa monotonía. Lamentablemente, la hermosa ninfa no nos presta la menor atención cuando nos levantamos admirados y respetuosos; elegante y altiva, con paso firme y deportivo se dirige directamente al mostrador entre las nueve mesitas de mármol para encargarnos en gros una docena entera de pasteles, tartas y aguardiente. Enseguida me llama la atención el modo sumiso y servil con que el pastelero se inclina ante ella: nunca he visto tan estirada la costura de la espalda de su levita. Incluso su mujer, la exuberante y recia Venus provinciana, que suele dejarse cortejar indolentemente por todos los oficiales (a menudo le deben pequeñas cantidades hasta fin de

mes), se levanta de su silla junto a la caja y se deshace en almidarados cumplidos. La hermosa muchacha mordisquea negligentemente unos cuantos pralinés e intercambia cuatro palabras con la señora Grossmaier, mientras el pastelero anota el pedido; a nosotros, en cambio, que estiramos el cuello quizá con demasiada avidez, no nos toca siquiera un parpadeo. Naturalmente, la señorita no carga su hermosa mano con un solo paquetito; puede tener la seguridad de que todo le será remitido, le asegura sumisamente la señora Grossmaier. Y tampoco piensa en absoluto, como los demás mortales, en pagar en metálico en la caja. Todos lo hemos comprendido: ¡clientela extrafina y distinguida! Una vez hecho el encargo y cuando se vuelve para marcharse, el señor Grossmaier se le adelanta de un salto para abrirla la puerta. También mi farmacéutico se levanta de la silla para presentar sus más respetuosos saludos a la dama cuando ésta pasa por delante de nuestra mesa con su balanceo. Ella le da las gracias con augusta afabilidad —¡caray, qué ojos de terciopelo, de color de miel!— y yo apenas puedo esperar a que, abrumada por tantos y dulces cumplidos, salga de la tienda para preguntar, despertada mi curiosidad, por esta belleza que de tal modo alborota el gallinero. —Ah, ¿no la conoce? Pues es la sobrina de... —bueno, yo llamaré al caballero señor Von Kekesfalva, aunque el nombre real era otro— Kekesfalva. Conoce a los Kekesfalva, ¿verdad? Kekesfalva: me lanza el nombre sobre la mesa como un billete de mil coronas mirándome como si esperara, a modo de respuesta lógica, un respetuoso «¡Ah, sí, claro!». Pero yo, teniente recién trasladado, llegado a la nueva guarnición hace sólo unos meses, sin la más remota idea de la situación, no sé nada de este dios tan misterioso y pido cortésmente al farmacéutico que me dé más información, cosa que él hace con toda la satisfacción del orgullo provinciano..., por supuesto, con mucha más locuacidad y lujo de detalles que yo en mi relato. Kekesfalva, me explica, es el hombre más rico de la comarca. Lisa y llanamente, todo le pertenece, no sólo el castillo de Kekesfalva «seguro que lo conoce, se ve desde la plaza de armas, a la izquierda de la carretera, es el palacio amarillo con la torre achatada y el gran parque antiguo», sino también la gran fábrica de azúcar que está en la carretera de R. y el aserradero de Bruck y la yeguada de M. Todo esto es suyo, además de seis o siete casas en Budapest y en Viena. —Sí, cuesta creer que haya gente tan rica entre nosotros, y éste sabe vivir como un verdadero magnate. Pasa los inviernos en su palacete de la Jacquingasse de Viena y los veranos en balnearios. Vive aquí sólo unos meses, en primavera, pero ¡Dios santo, en qué casa! Cuartetos de Viena, champán y vinos franceses, ¡lo más selecto, lo mejor de lo mejor! Si me complace, con mucho gusto me introduciría allí, pues —gran gesto de satisfacción— es amigo del señor Von Kekesfalva, hace años tuvo con frecuencia tratos comerciales con él y sabe que recibe de buen grado a los oficiales. Una palabra suya y me invitarán. Bueno, ¿por qué no? Uno se asfixia en el corrompido estanque de una guarnición de provincias como la nuestra. Acabas conociendo de vista a todas las mujeres en el paseo, y el sombrero de verano y de invierno de cada una de ellas, su vestido elegante y el de diario; todo es siempre lo mismo. Y conoces al perro y a la criada y a los niños de tanto verlos y fingir que no los ves mirando por encima de sus cabezas. Conoces todas las artes de la gruesa cocinera bohemia del casino y el paladar se te vuelve basto poco a poco con sólo ver el menú del restaurante, siempre el mismo. Te sabes de memoria todos los nombres, los rótulos y los anuncios de todas las calles, y conoces todas las tiendas y los escaparates de todos los establecimientos. Sabes casi con la misma exactitud que el camarero Eugen, a qué hora aparecerá en el café el juez de la audiencia territorial, que se sentará en el rincón de la izquierda junto a la ventana y a las cuatro treinta en punto pedirá un café con leche, mientras que el señor notario, a su vez, llegará exactamente diez minutos después, a las cuatro cuarenta y, en cambio —bendito cambio—, pedirá té con limón a causa de su estómago delicado y contará los mismos chistes fumando su eterno Virginia. Ay, conoces todas las caras, todos los uniformes, todos los caballos, todos los cocheros y todos los mendigos de la región, y los conoces hasta la saciedad. ¿Por qué no salirse un día de la noria? Y, luego, ¡esta encantadora muchacha, estos ojos de color de avellana! De modo que digo a mi protector con fingida indiferencia (¡conviene no mostrarse demasiado ansioso ante el vanidoso boticario!) que sí, que tendré mucho gusto en conocer a la familia Kekesfalva. Y, en efecto —¡mira por dónde el bueno del farmacéutico no había fanfarroneado!—, dos días después, hinchado de orgullo y con aire protector, me trae al café una tarjeta impresa, con mi nombre añadido de puño y letra, en la que se dice que el señor Lajos von Kekesfalva invita al teniente Anton Hofmiller a cenar el miércoles de la semana próxima a las ocho. Gracias a Dios, la gente de nuestra condición también descende de buena familia y sabe cómo comportarse en estos casos. El mismo domingo por la mañana me enfundo mi uniforme de gala, guantes blancos y zapatos de charol, me afeito impecablemente, con una gota de colonia en el bigote, y salgo para hacer mi primera visita de cumplido. El criado —viejo, discreto, con una buena librea— toma mi tarjeta y se disculpa entre dientes diciendo que los señores lamentarán muchísimo no haber estado en casa para recibir al teniente, pero han ido a la iglesia. Mejor, pienso, las visitas de cumplido son lo más espantoso dentro y fuera del servicio. De todos modos, ya he cumplido con mi deber. El miércoles por la noche te presentas y esperemos que todo vaya bien. El asunto Kekesfalva, pienso, resuelto hasta el miércoles. Pero dos días después, el martes, encuentro con sincera alegría una tarjeta del señor Von Kekesfalva en

mi cuarto. Impecable, pienso, esta gente tiene buenos modales. Dos días después me devuelve la visita, a mí, un oficial insignificante: más cortesía y respeto no podría pedir un general. Tengo un buen presentimiento y ahora espero con ansiedad la noche del miércoles. Pero justo este día me juegan una mala pasada. En verdad debería ser supersticioso y prestar más atención a las pequeñas señales. A las siete y media del miércoles estoy dispuesto, con mi mejor uniforme, guantes nuevos, zapatos de charol, los pantalones planchados como una cuchilla de afeitar y mi ordenanza me está alisando las arrugas del abrigo y revisando si todo está en orden (siempre lo necesito para eso, pues sólo tengo un pequeño espejo de mano en mi mal iluminado cuarto), cuando golpean fuertemente la puerta: un asistente. El oficial de servicio, mi amigo, el capitán de caballería conde Steinhübel, me ruega que vaya a verlo a los aposentos de la tropa. Dos ulanos, probablemente borrachos como una cuba, se han peleado y uno de ellos ha pegado un culatazo a la cabeza del otro. Y ahora el torpe está allí tendido, ensangrentado, inconsciente y con la boca abierta. No se sabe si el cráneo sigue entero o no. El médico del regimiento se ha ido de permiso a Viena y el coronel no aparece por ninguna parte. Viéndose en un apuro, el bueno de Steinhübel, maldita sea, acude precisamente a mí para que le ayude mientras él trata de socorrer al herido, y ahora tengo que levantar acta y mandar ordenanzas a todas partes para que traigan un médico civil del café o de donde sea. Entre una cosa y otra se me han hecho las ocho menos cuarto. Veo que me será imposible salir antes de un cuarto de hora o media hora. Maldita sea, precisamente hoy tenía que surgir un imprevisto como ése. ¡Precisamente hoy, que estoy invitado! Miro la hora cada vez más impaciente; imposible llegar a tiempo, si tengo que perder más tiempo aquí aunque sean cinco minutos. Pero el servicio, así nos lo han inculcado hasta la médula, pasa por encima de cualquier obligación personal. No puedo largarme, de modo que hago lo único posible en esta condenada situación: mando a mi ordenanza con un coche de punto (cuatro coronas me cuesta la broma) a casa de los Kekesfalva, rogándoles que me disculpen en caso de que llegue tarde, pero un imprevisto en el servicio, etcétera, etcétera. Afortunadamente el barullo en el cuartel no dura demasiado, pues aparece el coronel en persona con un médico que han encontrado enseguida, y yo puedo escabullirme sin llamar la atención. Pero la mala suerte me persigue: precisamente hoy no hay un solo coche de punto en la plaza del Ayuntamiento. Tengo que esperar a que llamen por teléfono a uno de dos caballos. Resulta inevitable, pues, que cuando llego finalmente al gran vestíbulo de los Kekesfalva la aguja larga del reloj de pared cuelgue ya verticalmente marcando las ocho y media en vez de las siete y media, y veo que los abrigos del guardarropa abultan unos encima de otros. También en el rostro un tanto turbado del sirviente observo que mi retraso es excesivo. ¡Desagradable, muy desagradable, justo en mi primera visita! De todos modos, el criado —esta vez con guantes blancos, frac, camisa y rostro almidonados— me tranquiliza diciendo que mi ordenanza ha traído el recado hace cosa de media hora y me acompaña al salón, una estancia de cuatro ventanas, tapizada de seda roja, resplandeciente de arañas de cristal, fabulosamente elegante, jamás he visto una cosa más selecta. Pero, por desgracia y vergüenza mía, el salón está ya completamente desierto y de la sala contigua me llega con claridad el alegre tintineo de los cubiertos. ¡Enojoso, enojoso, pienso, ya están en la mesa! En fin, hago un esfuerzo y, tan pronto como el criado abre delante de mí la puerta corredera, avanzo hasta el umbral del comedor, saludo con un fuerte golpe de tacones y una reverencia. Todos levantan la vista hacia mí, veinte o cuarenta ojos, ojos desconocidos que examinan al tardío militar, enmarcado en el dintel de la puerta con no demasiada seguridad en sí mismo. En el acto se levanta de la mesa un anciano caballero, el dueño de la casa sin duda, se quita la servilleta con un gesto brusco y viene hacia mí con la mano tendida invitándome a pasar. El señor Von Kekesfalva no es en absoluto como me lo había imaginado: un hidalgo de provincia, con bigote magiar, mofletudo, obeso y rubicundo por el buen vino. Tras sus gafas de montura dorada unos ojos un tanto cansados flotan sobre unos grises sacos lagrimales; los hombros parecen algo encorvados hacia delante; la voz es como un cuchicheo, un poco estorbada por una tosecilla: más bien se lo podría tomar por un sabio, con su rostro fino y delgado, que termina en una estrecha perilla blanca. La extraordinaria cortesía del anciano produce un efecto balsámico sobre mi inseguridad: no, no, es él quien tiene que disculparse, dice interrumpiéndome. Sabe muy bien que puede pasar de todo estando de servicio y ha sido muy amable de mi parte avisarlo expresamente; han empezado a cenar sólo porque no estaban seguros de que pudiera acudir, pero me ruega que ahora tome asiento sin más tardanza. Después me presentará uno a uno a todos los invitados. De momento —dice acompañándome hasta la mesa— sólo a su hija. Una adolescente, tierna, pálida y frágil como él mismo, levanta la vista de la conversación y dos ojos grises me examinan con timidez. Yo sólo veo fugazmente un semblante delgado y nervioso, me inclino primero ante ella y luego a derecha e izquierda al conjunto de invitados que, a todas luces, se alegran de no tener que dejar a un lado tenedor y cuchillo para aguantar la molestia de prolijas ceremonias de presentación. Durante los primeros dos o tres minutos me siento todavía bastante incómodo. No hay nadie del regimiento allí, ningún camarada, ningún conocido, ni siquiera alguno de los notables de la ciudad, exclusivamente personas extrañas, del todo extrañas. Parecen sobre todo terratenientes de los alrededores con sus mujeres e hijas o funcionarios del Estado. ¡Pero todos

civiles, el único con uniforme soy yo! Dios mío, ¿cómo puedo yo, persona torpe y tímida, entablar conversación con estas gentes desconocidas? Por fortuna me han colocado en un buen sitio: junto a mí se sienta la morena arrogante del otro día, la hermosa sobrina, que a pesar de todo parece haberse dado cuenta de mi mirada de admiración en la confitería, pues me sonrío amablemente como a un viejo conocido. Tiene unos ojos como granos de café y la verdad es que cuando sonrío se oye un chisporroteo como de granos de café que se tuestan. Tiene unas orejas encantadoras, pequeñas y transparentes bajo el espeso pelo negro: como ciclamínos rosa entre el musgo, pienso. Sus desnudos brazos son delicados y tersos; deben de tener el tacto de melocotones pelados. Es agradable estar sentado al lado de una muchacha tan bonita, y su acento vocálico húngaro casi me enamora. Es agradable estar a la mesa en un salón tan brillantemente iluminado, sentado a una mesa puesta con tanta elegancia. Con criados de librea detrás y los platos más suculentos delante. También encuentro apetitosa, aunque algo gruesa, a mi vecina de la izquierda, que habla con un ligero acento polaco. ¿O me produce este efecto el vino, el blanco dorado primero, luego el tinto, oscuro como la sangre, y finalmente el burbujeante champán que, desde detrás, los criados con sus guantes blancos sirven con profusión de garrafas de plata y botellas abombadas? En verdad que el bueno del farmacéutico no ha mentado, la casa de los Kekesfalva es como la corte. Nunca había comido tan bien, ni en sueños me hubiera imaginado que se pudiera comer tan bien, tan lujosa y copiosamente. Platos cada vez más exquisitos y caros desfilan majestuosamente en fuentes inagotables: pescados de color azul pálido, coronados de lechuga y enmarcados en rodajas de langosta, nadando en una salsa dorada; capones cabalgando sobre albardas de arroz en capas; puddings flameando en ron de llama azul; bolas de helado, dulces y de colores, brotando unas de otras; frutas, que deben de haber dado la vuelta a medio mundo, besándose en bandejas de plata. ¡Esto no tiene fin, no tiene fin! ¡Y, para acabar, un verdadero arco iris de licores, verdes, rojos, blancos y amarillos, y cigarros gruesos como espárragos para acompañar un café exquisito! Una casa magnífica, encantadora —¡bendito sea el farmacéutico!—, y una velada espléndida, feliz y vibrante. No sé si me siento tan relajado y libre porque a derecha e izquierda y enfrente a los demás también les brillan los ojos, y hablan en voz alta, porque han olvidado asimismo los modales distinguidos y charlan animadamente y todos a la vez, pero sea como fuere ha desaparecido todo mi apocamiento. Hablo sin la menor inhibición, galanteo a mis dos vecinas a la vez, bebo, río, miro con arrogancia y desenfado y, aunque no siempre por casualidad, rozo de vez en cuando con la mano el bello brazo desnudo de Ilona (así se llama la deliciosa sobrina), ella, también distendida, animada y relajada como todos por esta fiesta opípara, no parece tomar a mal estos pequeños deslices. Poco a poco —¿no será a causa de la mezcla de excelente vino, el tokay húngaro, y el champán, a los que no estoy acostumbrado?— siento que me invade una ligereza que raya en la insolencia y casi en el desenfreno. Falta muy poco para flotar, sentirme arrastrado y completamente feliz, y lo que necesito sin saberlo se me revela con claridad meridiana al instante siguiente cuando, de pronto, de una tercera habitación —el criado había abierto de nuevo la puerta corredera sin que nos diéramos cuenta— llega una música amortecida, un cuarteto, precisamente la música que deseo en mi interior, música de baile, rítmica y suave a la vez, un vals, una melodía tocada por dos violines y marcada por un grave y melancólico violoncelo y, en medio, un piano que lleva el compás con un enérgico staccato. ¡Sí, música, música es lo único que me faltaba! ¡Música y tal vez baile, un vals, dejarse llevar, volar, para sentir más beatíficamente la ligereza interior! Y en verdad que esta mansión Kekesfalva es una casa encantada, basta con soñar para que los deseos se cumplan. Cuando nos levantamos y apartamos las sillas y pasamos al salón por parejas —yo ofrezco el brazo a Ilona y noto de nuevo su piel fresca, suave y voluptuosa—, veo que todas las mesas han sido retiradas como por duendes y las sillas colocadas a lo largo de la pared. El parquet, celestial pista de vals, reluce liso, pulido y castaño, y desde la habitación contigua anima, invisible, la música. Me vuelvo hacia Ilona. Ella ríe y comprende. Sus ojos ya han dicho «sí». Ya damos vueltas, dos, tres, cinco parejas, por el liso entarimado, mientras los más prudentes y los mayores miran o charlan. Me gusta bailar, incluso bailo bien. Nos balanceamos y damos vueltas enlazados; creo que nunca en mi vida he bailado tan bien. Al siguiente vals invito a mi otra vecina; también ella baila magníficamente y yo, inclinado sobre ella, respiro el perfume de su pelo con un ligero aturdimiento. ¡Ah, baila maravillosamente, todo es maravilloso, soy feliz como no lo he sido desde hace años! He perdido la cabeza, quisiera abrazarlos a todos y decir a cada uno de ellos algo cordial, expresarles mi gratitud, tan ligero, rebosante y felizmente joven me siento. Me muevo de uno a otro, hablo, río, bailo y, arrastrado por el torrente de mi dicha, no siento el paso del tiempo. Entonces, de repente —por casualidad miro el reloj: las doce y media—, se me ocurre con un sobresalto que llevo casi una hora bailando, charlando y bromeando y, bruto de mí, ¡todavía no he sacado a bailar a la hija de la casa! Sólo he bailado con mis vecinas y con dos o tres otras damas, las que más me gustaban, ¡y he olvidado completamente a la hija de la casa! ¡Qué grosería, qué afrenta! ¡Debo repararla pronto, enseguida! Pero, con gran espanto mío, no recuerdo en absoluto qué aspecto tiene la muchacha. Sólo me he inclinado ante ella un instante cuando me he sentado a la mesa; lo único que recuerdo es una cosa delicada y frágil y, luego, una mirada de

curiosidad, gris y fugaz. Pero ¿dónde se ha metido? Siendo la hija de la casa, no puede haberse marchado. Impaciente, recorro la pared de izquierda a derecha examinando a todas las mujeres y muchachas: ninguna se le parece. Finalmente entro en la tercera habitación, donde toca el cuarteto escondido tras un biombo chino, y respiro aliviado, porque ahí está —seguro que es ella—, delicada, grácil, con su vestido azul pálido, sentada entre dos señoras ancianas en el rincón del boudoir, tras una mesa verde malaquita con un jarrón de flores encima. Tiene su cabecita un poco inclinada, como si escuchara sumergida en la música, y el intenso encarnado de las rosas hace aparecer todavía más pálida y traslúcida su frente bajo el espeso pelo pardo rojizo. Pero no me concedo tiempo para observaciones ociosas. Gracias a Dios que la he encontrado. Suspiro aliviado, todavía puedo reparar a tiempo mi descuido. Me dirijo a la mesa —a su lado suena la música— y me inclino en señal de cortés invitación. Dos ojos extrañados me miran con rígida estupefacción, unos labios se quedan entreabiertos en mitad de una palabra. Pero la muchacha no hace movimiento alguno para seguirme. ¿No me ha entendido? Me inclino, pues, de nuevo y mis espuelas tintinean ligeramente cuando digo: —¿Me concede el honor, señorita? Lo que ocurre ahora es terrible. El busto inclinado hacia delante retrocede bruscamente como para evitar un golpe; al mismo tiempo, una oleada de sangre inunda las pálidas mejillas, los labios todavía abiertos se aprietan con fuerza y sólo los ojos me miran fijos e inmóviles con tal expresión de espanto como nunca he visto en mi vida. Acto seguido, una sacudida recorre todo su cuerpo crispado. Se incorpora, se apoya con ambas manos en la mesa de tal modo, que el jarrón de flores tintinea y cruje, al tiempo que algo cae de su sillón al suelo, madera o metal. Sigue agarrada a la mesa vacilante con ambas manos, y su cuerpo de niña sigue estremeciéndose. Sin embargo, no huye, sigue aferrada con desesperación al pesado tablero. Y los estremecimientos no paran, esos temblores que la recorren desde los puños crispados hasta los cabellos. Y de repente estalla: un sollozo, indómito, elemental como un grito ahogado. Las dos ancianas situadas a derecha e izquierda ya se apresuran a rodear a la temblorosa joven, la cogen, la acarician, la miran, la tranquilizan y separan suavemente sus manos crispadas de la mesa, y ella se desploma de nuevo en el sillón. Pero los lloros no cesan, incluso se vuelven más vehementes, estallan cada vez más espasmódicos como una hemorragia, como un vómito, a empellones. Cuando la música de detrás del biombo (que se sobrepone con su ruido a todos los demás) cesa por un instante, los sollozos se tienen que oír hasta en la sala de baile. Yo me he quedado pasmado, asustado. Pero... ¿qué ha pasado? Observo desconcertado cómo las dos señoras intentan calmar a la sollozante muchacha que ahora, en un súbito arrebató de pudor, ha dejado caer la cabeza sobre la mesa. Pero nuevos accesos de llanto recorren su flaco cuerpo hasta los hombros y con cada una de estas bruscas oleadas tintinean las tazas. Yo sigo ahí perplejo, helado hasta los tuétanos, estrangulado por el cuello de la guerrera como por una soga de fuego. — Perdóname —balbuceo finalmente a media voz al vacío y (puesto que las dos damas están ocupadas con la sollozante, no me dedican ni una sola mirada) regreso al salón tambaleándome. Al parecer aquí todavía nadie se ha dado cuenta de nada, las parejas siguen dando vueltas vertiginosamente y siento que tengo que apoyarme en una columna porque la habitación da vueltas a mi alrededor. ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algún disparate? ¡Dios mío, al final resultará que he bebido demasiado y demasiado deprisa y en medio de la modorra he cometido una estupidez! En este momento cesa la música y las parejas se separan. El jefe de distrito deja libre a Ilona con una reverencia y yo me precipito enseguida hacia ella y la arrastro, estupefacta, a un rincón casi con violencia: —Por favor, ayúdeme. ¡Por el amor de Dios, ayúdeme, explíqueme! Evidentemente Ilona había esperado que la llevase a la ventana para susurrarle algo divertido, pues de pronto sus ojos se endurecen: al parecer mi excitación debe de resultar digna de compasión o alarmante. Se lo cuento todo con el pulso acelerado. Y, cosa extraña, me increpa con el mismo intenso espanto en la mirada que la joven del boudoir. —¿Se ha vuelto loco...? ¿Es que no sabe...? ¿No ha visto...? —No —balbuceo, abrumado por este nuevo e igualmente incomprensible espanto—. ¿Si he visto qué? Yo no sé nada. Es la primera vez que vengo a esta casa. —¿No se ha dado cuenta de que Edith... es inválida? ¿No ha visto sus pobres piernas atrofiadas? No puede dar ni dos pasos sin muletas... y usted... desconsiderado —reprime con rapidez una palabra de cólera— usted invita a la pobre a bailar... Qué atrocidad, debo ir a verla enseguida. —No. —En mi desesperación cojo a Ilona por el brazo—. Un momento, espere un momento... Tiene que disculparme ante ella. No tenía idea de... Sólo la he visto sentada a la mesa. Sólo un instante... Le ruego que se lo explique. Pero Ilona, la mirada encendida de cólera, ya ha liberado su brazo y corre a la otra habitación. Yo, con un nudo en la garganta y náuseas en la boca, me quedo en el umbral del salón, que es un torbellino de cantos y parloteos con la gente (de repente se me ha hecho insoportable) que está ahí charlando y riendo despreocupada, y pienso: dentro de cinco minutos todo el mundo estará enterado de mi torpeza. Cinco minutos y de todos lados se clavarán en mí miradas burlonas, reprobadoras e irónicas, y mañana circulará por toda la ciudad, masticado por cien bocas, el rumor de mi burda torpeza, depositado al amanecer a las puertas de las casas y después corregido y aumentado en las habitaciones de los criados y transmitido a los cafés y las oficinas. Mañana se sabrá en mi regimiento. En este momento veo al padre como a través de la

niebla. Con el semblante un tanto acongojado —¿lo sabe ya? —atraviesa el salón. ¿Se dirige hacia mí? ¡No, ahora no quiero encontrármelo! De pronto me sobrecoge pánico de él y de todos. Y sin saber muy bien lo que hago, me dirijo zaqueando hacia la puerta que comunica con el vestíbulo para salir de esta casa infernal. —¿El señor teniente nos deja ya? —me pregunta el criado con sorpresa y respeto. —Sí —contesto, y apenas ha salido la palabra de mi boca, me asusto. ¿De veras quiero irme? Y en el instante en que el sirviente descuelga el abrigo de la percha me percató de que, con mi fuga cobarde, cometo una nueva estupidez, quizás aún más imperdonable. Pero ya es demasiado tarde. Ahora no puedo devolverle el abrigo, no puedo volver al salón cuando me está abriendo la puerta de la casa con una ligera reverencia. Y así me encuentro de golpe fuera de la extraña y maldita casa, con el viento frío azotándome la cara, el corazón ardiéndome de vergüenza y el aliento entrecortado de alguien que se ahoga. Ésta fue la desdichada torpeza con que comenzó todo. Ahora, que con la sangre sosegada y desde la distancia de muchos años recuerdo de nuevo aquel cándido episodio que dio principio a toda la tragedia, debo admitir que me vi involucrado con toda la inocencia del mundo en este malentendido; incluso el más listo y experimentado hubiera podido cometer la gaffe de sacar a bailar a una tullida. Pero en el momento del primer espanto sentí que me había portado no sólo como un perfecto imbécil, sino también como un bruto, un criminal. Fue como si hubiera azotado a una niña inocente. Sin embargo, todo esto hubiera podido arreglarse aún con presencia de espíritu. Lo eché todo a perder de modo irrevocable —fui consciente de ello cuando el primer soplo de aire frío me golpeó la frente delante de la casa— cuando huí como un ladrón sin siquiera intentar disculparme. Imposible describir el estado en que me encontraba delante de la casa. La música cesó tras las ventanas iluminadas. Quizá sólo era que los músicos hacían un descanso, pero en mi sentimiento de culpa, hipersensible y febril, imaginé enseguida que el baile se había detenido por mi culpa, que todo el mundo se concentraba entonces en el boudoir para consolar a la sollozante joven; todos los invitados, mujeres, hombres y muchachas se acaloraban tras la puerta cerrada en unánime indignación por el desalmado que había querido sacar a bailar a una niña impedida para luego, consumada la canallada, huir como un cobarde. Y al día siguiente —el sudor me empapaba, lo sentía frío bajo la gorra— toda la ciudad sabría, comentaría y censuraría mi infamia. En mis pensamientos veía ya a mis camaradas, a Ferencz, a Mislywetz y sobre todo a Jozsi, el recondenado bromista, acercárseme chasqueando la lengua: «¡Vaya, Toni, buena la has armado! ¡Por una vez que te dejamos suelto, comprometes a todo el regimiento!» Las críticas y los escarnios durarían meses en el comedor de oficiales; las tonterías cometidas por uno de nosotros se rumian durante diez o veinte años en nuestra mesa, cada burrada se eterniza, cada broma se fosiliza. Todavía hoy, al cabo de dieciséis años, cuentan la triste historia del capitán Wolinski, de cómo llegó de Viena jactándose de haber conocido a la condesa T, en el Ring y de haber pasado aquella misma noche en su casa, y dos días después los periódicos hablaban del escándalo de la criada despedida, que se había hecho pasar engañosamente por la condesa T, en comercios y en aventuras amorosas, y además el Casanova tuvo que hacerse tratar por el médico del regimiento durante tres semanas. Todo aquel que se ha puesto una vez en ridículo ante los compañeros sigue siendo ridículo para siempre; no conoce olvido ni perdón. Y cuanto más me lo pintaba e imaginaba, tanto más me daba una fiebre de ideas absurdas. En esos momentos me parecía cien veces más fácil una ligera y rápida presión del dedo índice en el gatillo del revólver que aguantar el tormento infernal de los próximos días, esta espera impotente de si los camaradas ya se habían enterado de mi plancha y de si a mis espaldas ya se habían desatado los cuchicheos sarcásticos y las sonrisas satisfechas. Ah, yo me conocía muy bien y sabía que no tendría fuerzas para aguantarlo una vez empezaran las burlas, las ironías y los chismorreos. Ni siquiera hoy sé cómo llegué a casa. Sólo recuerdo que mi primer gesto fue abrir el armario donde guardaba una botella de Slivovitz para las visitas, y atizarme dos o tres medios vasos para agua de este aguardiente de ciruelas, a fin de quitarme el sabor amargo que tenía en la garganta. Luego me eché en la cama, vestido como iba, y traté de reflexionar. Pero así como las flores de invernadero crecen más exuberantes y tropicales, también en la oscuridad surgen con más ímpetu las obsesiones. Brotan de modo caótico y fantástico en suelo pantanoso para convertirse en chirriantes lianas que nos quitan el aliento, y con la velocidad de los sueños se forman y se persiguen en el cerebro las más absurdas imágenes del miedo. ¡Ridiculizado para toda la vida, pensé, expulsado de la sociedad, escarnecido por los compañeros, comidilla de toda la ciudad! Nunca más saldré de la habitación, nunca más me atreveré a pisar la calle, por miedo a encontrarme a uno de los que conocen mi crimen (pues como un crimen consideraba yo en aquella primera noche de sobreexcitación mi simple torpeza y me veía a mí mismo como perseguido y acosado por la risotada general). Cuando al fin me dormí, debió de ser un sueño ligero y permeable durante el cual mi estado de angustia siguió actuando febrilmente; porque, cuando volví a abrir los ojos, apareció de nuevo delante de mí el airado rostro de niña, vi los labios espasmódicos, las manos agarradas convulsivamente a la mesa, oí el ruido de maderos al caer, que ahora, a posteriori, deduzco que fueron sus muletas, y me sobrecogió un miedo absurdo a que de repente se pudiera abrir la puerta y —levita negra, pechera blanca, gafas doradas— se

acercara a grandes zancadas a mi cama el padre con su perilla árida y bien cuidada. Llevado por el miedo, me levanté de un salto. Y cuando entonces miré en el espejo mi rostro humedecido por el sudor de la noche y del miedo, tenía ganas de dar un puñetazo en la cara al majadero que estaba tras el pálido cristal. Pero afortunadamente ya es de día, oigo pasos en el pasillo y carros sobre el empedrado. Y junto a una ventana iluminada por la luz del día se piensa con más claridad que hundido en esa malévola oscuridad que gusta de crear fantasmas. Quizá no es todo tan terrible a pesar de todo, me digo. Quizá nadie se diera cuenta. Ella, por supuesto..., nunca lo olvidará ni perdonará, ¡la pobre muchacha pálida, enferma e inválida! Entonces, de repente, un pensamiento útil cruza por mi cabeza como un relámpago. Me apresuro a peinarme el pelo enmarañado, me pongo el uniforme y paso por delante de mi perplejo asistente que grita tras de mí desesperado en su pobre alemán ruteno: —¡Mi teniente, mi teniente, el café está listo! Bajo a toda velocidad las escaleras del cuartel y paso tan veloz por delante de los ulanos a medio vestir que forman corro en el patio, que no tienen tiempo de cuadrarse. Los he dejado atrás en un santiamén y ya estoy fuera de las puertas del cuartel; corro directamente a la floristería de la plaza del Ayuntamiento, tan rápido como le es permitido a un teniente. En mi impaciencia he olvidado, claro está, que las tiendas aún no están abiertas a las cinco y media de la mañana, pero por fortuna la señora Gurtner no vende flores solamente, sino también hortalizas. Un carro de patatas está a medio descargar delante de la puerta y, cuando golpeo con fuerza en la ventana, la oigo bajar las escaleras. Invento una historia a toda prisa: ayer me olvidé por completo de que hoy era el santo de unos queridos amigos; salimos de marcha dentro de media hora y me gustaría que les mandaran flores enseguida. ¡De modo que, rápido, las más bonitas que tenga! La obesa señora, todavía en canisón y con sus zapatillas agujereadas, se dirige arrastrando los pies a la tienda, la abre y me enseña la joya de su corona, un grueso ramo de rosas de tallo largo. ¿Cuántas quiero? ¡Todas, digo, todas! ¿Simplemente atadas o mejor en una bonita cesta? Sí, sí, en una cesta. El resto de mi mesada se va en esta espléndida compra, a finales de mes tendré que escatimarme la cena y el café o pedir prestado. Pero en este momento me da igual o, mejor dicho, incluso me alegro de que mi locura me salga cara, pues en ningún momento he dejado de sentir un perverso deseo de castigarme sin piedad por cretino, de hacerme pagar amargamente mi doble estupidez. Conforme, pues, ¿verdad? ¡Las rosas más bonitas, bien arregladitas en una cesta, que confío que la mujer mandará sin tardanza! Pero entonces la señora Gurtner corre tras de mí desesperada por la calle. Adónde y a quién hay que mandar las flores, el señor teniente no lo ha dicho. Vaya, lo he olvidado, tres veces idiota, en mi agitación. A la villa Kekesfalva, ordeno, y oportunamente recuerdo, gracias al grito de espanto de Ilona, el nombre de pila de mi pobre víctima: para la señorita, Edith von Kekesfalva. —Claro, claro, los señores Von Kekesfalva —dice la señora Gurtner orgullosa—, nuestros mejores clientes. Y otra pregunta —yo ya estaba a punto de salir corriendo otra vez—: si no quiero añadir unas palabras. ¿Unas palabras? ¡Oh, sí! ¡El remitente! ¡El que se las regala! ¿Cómo sabría, si no, quién se las envía? Vuelvo a entrar, pues, en la tienda, cojo una tarjeta de visita y escribo: «Rogándole que me disculpe.» ¡No, imposible! Esto sería el cuarto disparate: ¿para qué recordarle mi torpeza? Pero ¿qué pongo, si no? «Con mi más sincero pesar»... No, esto tampoco, al final podría pensar que mi pesar es por ella. Mejor no escribir nada, nada en absoluto. —Adjunte sólo la tarjeta, señora Gurtner, sólo la tarjeta. Ahora me siento mejor. Vuelvo rápidamente al cuartel, engullo el café, hago la instrucción más o menos bien, probablemente más nervioso y distraído que de costumbre. Pero en el ejército no llama demasiado la atención que un teniente entre de servicio con modorra por la mañana. Cuántos vuelven de Viena después de una noche tan agotados que apenas pueden mantener los ojos abiertos y se duermen montados a caballo. En realidad incluso me viene al pelo tener que mandar, pasar revista y después dar un paseo a caballo, pues el servicio en cierto modo disipa las inquietudes. Aunque en realidad sigo notando entre las sienes el murmullo del desagradable recuerdo y sintiendo en la garganta algo viscoso como una esponja empapada de bilis. Pero al mediodía, cuando me dispongo a ir al comedor de oficiales, mi asistente corre detrás de mí gritando «¡Pan teniente!». Lleva una carta en la mano, un rectángulo alargado, papel inglés, azul, levemente perfumado, con un escudo de armas finamente estampado al dorso, una carta de letra inclinada y delgada, letra de mujer. Rasgo el sobre presuroso y leo: «Muchas gracias, estimado señor teniente, por las bellas e inmerecidas flores que me han dado una gran alegría y me hacen muy feliz. Le ruego que venga a tomar el té con nosotros cualquier tarde que tenga libre. No hace falta que avise con antelación. Por desgracia estoy siempre en casa. Edith von K.» Una caligrafía delicada. Sin querer me recuerda los delgados dedos de niña que se aferraban a la mesa, me recuerdan el pálido semblante que de repente se encendió en color púrpura, como un vaso al que se hubiera echado Burdeos. Leo de nuevo, dos, tres veces, las pocas líneas y lanzo un suspiro de alivio. Con qué tacto y habilidad alude a su defecto físico. «Por desgracia estoy siempre en casa.» No se puede perdonar con más elegancia. Ni la menor nota de rencor. Se me quita un peso del corazón. Me siento como el acusado que se creía condenado a cadena perpetua, cuando el juez se levanta, se pone el birrete y anuncia: «Absuelto.» Por supuesto tendré que ir a darle las gracias. Hoy es jueves..., pues el domingo le haré una visita. O no,

¡mejor el sábado! Pero no mantuve la palabra. Estaba demasiado impaciente. El desasosiego me empujaba a saber definitivamente cancelada mi deuda, a terminar lo antes posible con el malestar de una situación incierta, porque seguía crispándome los nervios el miedo de que en el comedor, en el café o en cualquier otro lugar, alguien empezara a hablar de mi percance: «Bueno, ¿y cómo te fue con los Kekesfalva?» En este caso podría contestar con frialdad y aires de superioridad: «Una gente encantadora. Ayer por la tarde estuve tomando otra vez el té con ellos», para que todo el mundo viera que no había huido de allí con escándalo. ¡Poner punto final de una vez a este asunto lamentable! ¡Terminar de una vez! Y este nerviosismo interior tiene finalmente la virtud de que ya al día siguiente, es decir el viernes, mientras paseo por el bulevar con Ferencz y Jozsi, mis mejores camaradas, de repente me asalte la decisión: ¡hoy mismo irás a visitarlos! Y sin más me despido de mis amigos un tanto sorprendidos. En realidad el camino no es muy largo, máximo de media hora, si se camina a buen paso. Primero, cinco aburridos minutos por la ciudad y, luego, a lo largo de la carretera un poco polvorienta que también lleva a nuestro campo de instrucción y del que nuestros caballos conocen cada piedra y cada recodo (uno puede dejar las riendas sueltas). A medio camino, a la izquierda, junto a una capillita al lado del puente, se desvía una avenida más estrecha, sombreada por viejos castaños, en cierto modo privada, poco utilizada y transitada y acompañada sin impaciencia por los reposados meandros de un riachuelo cenagoso. Y cosa curiosa: a medida que me acerco al palacete, del cual ya son visibles el blanco muro circular y la verja de entrada de metal calado, mi ánimo se va desplomando cada vez más aprisa. Así como delante de la puerta del dentista el paciente busca una excusa para dar media vuelta antes de pulsar el timbre, yo también quisiera escaparme corriendo. ¿Tiene que ser realmente hoy? ¿No podría liquidar definitivamente este lamentable asunto con una simple carta? Sin querer aflojo el paso; siempre hay tiempo para dar media vuelta, y un rodeo resulta siempre oportuno cuando no se quiere ir por el camino recto; de modo que cruzo el riachuelo por una plancha de madera tambaleante y tuerzo de la avenida a los prados para primero rodear el palacio por fuera. La casa cercada por el alto muro de piedra se presenta como un vasto edificio de una sola planta, de estilo barroco tardío, pintado según el viejo estilo austríaco del color llamado amarillo Schönbrunn, y provisto de postigos verdes. Separados por un patio, unos edificios más pequeños —sin duda destinados a la servidumbre, la administración y a las cuadras— se concentran en un gran parque en el que no reparé en mi primera visita. Ahora, atisbando por los llamados ojos de buey, los orificios ovales practicados en el sólido muro, observo que el palacio Kekesfalva no es en absoluto una villa moderna, como creí al principio bajo la impresión de la decoración interior, sino una auténtica hacienda rural, una casa señorial de estilo antiguo, como las que he visto en ocasiones durante las maniobras en Bohemia al pasar a caballo por delante de ellas. Sólo llama la atención la curiosa torre rectangular, que por su forma recuerda un poco a los campanarios italianos y que se yergue aquí bastante incongruente, quizá resto de un castillo que puede haber estado en este lugar hace tiempo. Ahora, a posteriori, recuerdo haber visto esta singular atalaya desde el campo de maniobras, de veras convencido de que se trataba del campanario de algún pueblo, y es ahora cuando me doy cuenta de que le falta el típico remate final, y de que este curioso cubo tiene el tejado plano, que debe de servir bien de solárium bien de observatorio. Pero cuanto más seguro estoy del carácter feudal, ancestral, de esta noble hacienda, tanto más incómodo me siento: ¡precisamente aquí, donde las formas se observan de modo muy especial, tenía yo que hacer mi debut con tamaña torpeza! Finalmente, llegado de nuevo a la verja desde el otro lado tras dar la vuelta completa a la casa, hago el esfuerzo definitivo. Recorro el camino de grava entre árboles podados, rectos como cirios, y dejo caer sobre la puerta el pesado aldabón repujado en bronce que, siguiendo la vieja usanza, aquí hace las veces de campana. Enseguida aparece el criado... Cosa extraña, no parece nada sorprendido de esta visita no anunciada. Sin preguntar ni tomar la tarjeta de visita que le tiendo, me invita con una cortés reverencia a esperar en el salón, diciendo que las señoras están todavía en la habitación, pero que acudirán enseguida. Parece pues indudable que me recibirán. Me guía como a una visita anunciada. De nuevo me asalta un cierto malestar al reconocer el salón tapizado en rojo en el que se celebró el baile la otra vez y un amargo sabor en la garganta me recuerda que al lado debe encontrarse la salita con su rincón de funesto recuerdo. Al principio una puerta corredera de color crema, con afiligranados adornos dorados, me cierra la vista del para mí claramente presente escenario de mi torpeza, pero al cabo de unos minutos percibo ya detrás de esta puerta ruido de sillones que se mueven, cuchicheos, algún ir y venir contenido, que me revela la presencia de varias personas. Trato de aprovechar la espera para observar el salón: suntuosos muebles Luis XVI, a derecha e izquierda viejos gobelinos, y entre las puertas vidrieras, que dan directamente al jardín, viejos cuadros del Canale Grande y de la piazza San Marco, que, aun siendo yo ignorante en estas cosas, me parecen valiosos. Cierto que no distingo con demasiada claridad el valor de estos tesoros artísticos porque a la vez escucho con tensa atención los ruidos de al lado. Oigo un apagado tintineo de platos, una puerta que chirría, y ahora creo percibir también... los golpes secos e irregulares de unas muletas al apoyarse en el suelo. Finalmente una mano todavía invisible separa desde dentro los batientes de la puerta. Es Ilona la que me sale al encuentro. —Cuánto me

alegro de que haya venido, teniente. Y acto seguido me conduce a la estancia por mí hartamente conocida, al mismo rincón del boudoir, a la misma chaise longue de detrás de la misma mesa de color malaquita (¿por qué repiten esta situación tan penosa para mí?) donde está sentada la inválida con una manta de piel blanca extendida sobre el regazo en toda su extensión y con todo su peso, de modo que las piernas quedan invisibles, obviamente para que no recuerde «aquello». Con una amabilidad sin duda preparada, Edith me saluda sonriendo desde su rincón de enferma. Pero este primer encuentro es un reencuentro fatal, y en la manera cohibida con que me tiende la mano, un poco forzada, por encima de la mesa, adivino en el acto que ella también piensa en «aquello». Ninguno de los dos acierta a pronunciar la primera palabra de comunicación. Por fortuna Ilona lanza rápidamente una pregunta al asfixiante silencio: —¿Qué podemos ofrecerle, teniente, té o café? —Oh, lo que ustedes prefieran —respondo. —No, lo que prefiera usted, teniente. Nada de cumplidos. Da lo mismo. —Entonces café, si es tan amable —decido, y me alegro al oír que mi voz no suena demasiado quebradiza. Con una pregunta tan práctica la muchacha morena ha superado este primer momento de tensión con extraordinaria habilidad. Pero, por otra parte, qué desconsiderada al abandonar la habitación inmediatamente después para dar instrucciones al criado, pues de este modo me quedo incómodamente solo con mi víctima. Ahora sería el momento de decir algo, de entablar conversación a tout prix. Pero tengo un nudo en la garganta, y mi mirada debe de tener un cierto aire de perplejidad, pues no me atrevo a desviarla hacia el sofá, porque ella podría pensar que miro la manta que cubre sus piernas tullidas. Afortunadamente se muestra más serena que yo y empieza a hablar con una vehemencia nerviosa que descubro por primera vez en ella: —Pero ¿no quiere sentarse, teniente? Acerque el sillón. Y por qué no deja el sable en algún sitio... Viene en son de paz, ¿no? Allí sobre la mesa o en el alféizar..., como quiera. Me acerco un sillón con cierto remilgo. Todavía no consigo dar a mi mirada una expresión de sosiego. Pero ella me sigue ayudando con entereza. —Debo darle otra vez las gracias por sus magníficas flores... Son realmente estupendas, mire qué bonitas quedan en el jarrón. Y además... Además... tengo que disculparme por mi estúpida falta de dominio... Me comporté de un modo horrible..., no pude dormir en toda la noche de avergonzada como estaba. Usted lo hizo con toda su buena intención y ¿cómo podía siquiera sospecharlo? Además —ríe de pronto con una risa nerviosa y convulsiva—, además adivinó usted mis pensamientos más íntimos... Me había sentado de manera que pudiera ver a los que bailaban, y cuando usted se me acercó nada me hubiera gustado más en el mundo que bailar. Estoy loca por el baile. Puedo pasar horas mirando cómo bailan los demás..., mirando de tal modo que siento cada movimiento en mi cuerpo..., de veras siento cada movimiento. No es el otro el que baila entonces, sino yo la que da vueltas, se inclina, se dobla y se deja llevar y levantar..., así de loca se puede ser, quizá usted ni se lo imagina... Al fin y al cabo, de niña bailaba muy bien y me gustaba mucho..., y ahora, cuando sueño, sueño con el baile. Sí, por tonto que parezca, bailo en sueños, y quizás sea bueno para papá lo que..., que me haya pasado esto, porque de lo contrario me habría escapado de casa para ser bailarina... Nada me apasiona tanto, y creo que tiene que ser fantástico agarrar, abrazar y elevar cada noche a cientos y cientos de personas con todo tu cuerpo, con tus movimientos, con todo tu ser..., tiene que ser fantástico... Además, para que vea lo tonta que soy, colecciono todas las fotografías de las grandes bailarinas. Las tengo todas: Saharet, Pávlova, Karsávina... Tengo fotografías de todas ellas, y en todos sus papeles y poses. Espere, se las mostraré..., están allí, en aquel cofrecillo..., junto a la chimenea..., el cofrecillo chino. —Su voz se vuelve de pronto irritada de impaciencia—. No, no, no, allí, junto a los libros... Ah, qué torpe es usted..., sí, ésta. —Por fin encuentro el cofrecillo y se lo llevo—. Mire, ésta, la de encima, es mi favorita, Pávlova, en el papel del cisne moribundo... Ah, ojalá pudiera ir detrás de ella, ojalá pudiera verla, creo que sería el día más feliz de mi vida. La puerta trasera, por la que ha salido Ilona, empieza a girar sin hacer ruido sobre sus goznes. Bruscamente, como si la hubieran sorprendido, Edith cierra el cofrecillo con un golpe seco y ruidoso. Lo que me espeta ahora suena como una orden: —¡Ni una palabra de esto a los demás! ¡Ni una palabra de lo que le he dicho! Es el criado de pelo blanco y patillas estilo Francisco José bien recortadas quien abre la puerta con sumo cuidado; tras él aparece Ilona empujando una suntuosa mesita de té. Después de servirnos, se sienta con nosotros y enseguida vuelvo a sentirme más seguro. Un oportuno tema de conversación nos lo ofrece el enorme gato de angora que se ha escurrido dentro silenciosamente con la mesita del té y ahora se restriega contra mis piernas con desenvuelta familiaridad. Yo admiro el gato y luego vienen preguntas y más preguntas, cuánto tiempo llevo aquí, cómo me encuentro en la guarnición, si conozco al teniente fulano de tal, si voy a menudo a Viena... Automáticamente surge una conversación normal y corriente, del todo relajada, en la que la enojosa tensión se disuelve de modo imperceptible. Poco a poco me atrevo incluso a observar a las dos muchachas de reajo. Son completamente diferentes la una de la otra: Ilona es ya toda una mujer, sensualmente cálida, de formas llenas, exuberantes; a su lado, Edith, mitad niña mitad mujer, entre los diecisiete y los dieciocho, da en cierto modo la impresión de no acabada. Curioso contraste: con la una apetece bailar, besarse; a la otra quisiera uno mirarla como a una enferma, acariciarla con cuidado, protegerla y sobre todo tranquilizarla. Pues de todo su ser emana un extraño desasosiego. Su rostro no

permanece quieto ni un solo instante; la muchacha tan pronto mira a la derecha como a la izquierda, ora se yergue tiesa, ora se reclina como agotada; y habla también con el mismo nerviosismo con que se mueve: siempre a saltos, siempre stacatto, sin pausas. Pienso para mis adentros que esta falta de control y este desasosiego son quizás una compensación por la forzada inmovilidad de sus piernas, quizá también sean debidos a una ligera y continua fiebre que imprime mayor rapidez a sus gestos y a sus palabras. Pero tengo poco tiempo para observarla, pues con sus prontas preguntas y su forma ágil e imprevista de narrar sabe desviar toda la atención hacia ella; sorprendido, me adentro en una sugestiva e interesante conversación. Dura una hora. Quizás incluso hora y media. Después, de pronto, la sombra de una figura se acerca desde el salón; entra alguien con sumo cuidado, como si temiera estorbar. Es Kekesfalva. —Por favor, por favor. —Me presiona con la mano en la espalda cuando voy a levantarme por respeto y luego se inclina para dar un beso fugaz en la frente de su hija. Lleva de nuevo la levita negra con la pechera blanca y el anticuado lazo (nunca lo he visto con otro atuendo). Parece un médico con sus ojos que observan circunspectos tras las gafas doradas. Y realmente como un médico junto a la cama de un enfermo se sienta al lado de la inválida. Es curioso que desde el momento en que él ha entrado en la habitación, ella parece sumida en una sombra de melancolía; el modo temeroso como de vez en cuando mira de reojo a su hija con ojos escudriñadores y tiernos refrena y oscurece el ritmo de nuestra charla hasta ahora desenvuelta. También él nota pronto nuestro apocamiento y trata por su parte de forzar una conversación. Pregunta también por el regimiento, el capitán, se informa acerca del anterior coronel, que ha sido destinado como general de división al Ministerio de la Guerra. Parece estar al corriente con extraordinaria exactitud desde hace años de nuestros asuntos de personal y no sé por qué, pero tengo la impresión de que subraya con cierto énfasis y alguna intención determinada una especial familiaridad con todos los oficiales de alta graduación. Diez minutos más, pienso, y podré despedirme con discreción. Entonces alguien llama de nuevo con suavidad a la puerta, entra el criado sigilosamente, como si caminara descalzo, y susurra algo al oído de Edith. Ella no puede evitar un estremecimiento. —Que espere. O no, que me deje en paz hoy. Que se vaya, no lo necesito. Su brusquedad nos hace sentir incómodos y yo me levanto con la desagradable sensación de haberme quedado demasiado tiempo. Pero me habla con el mismo tono imperioso y sin miramientos que al criado: —¡No, quédese! No se hable más. En realidad en su tono altivo se esconde una clara impertinencia. También el padre parece sentirse molesto, pues con el rostro pesaroso y suplicante advierte: —Pero Edith... Y ahora ella misma se da cuenta, quizá por el sobresalto del padre, quizá porque yo sigo de pie e indeciso, de que los nervios la han traicionado, pues de pronto se vuelve hacia mí: —Disculpe. La verdad es que Josef hubiera podido esperar, en vez de entrar con tanto escándalo. Se trata simplemente del tormento diario, el masajista, que me aplica ejercicios de estiramiento muscular. La cosa más estúpida que he visto: uno, dos, uno, dos, arriba, abajo, arriba, abajo. Dice que con esto todo se arreglará pronto. Es el último descubrimiento de nuestro querido doctor y un fastidio completamente inútil. Absurdo como todos los demás. Mira desafiante a su padre, como si lo hiciera responsable. Confuso (se avergüenza en mi presencia), el anciano se inclina hacia ella. —Pero hija..., ¿crees de veras que el doctor Condor...? Pero en el acto se interrumpe, pues un espasmo contrae la boca de la muchacha y sus estrechas aletas nasales tiemblan, exactamente igual que la otra vez, y yo tengo miedo de que se produzca otro estallido. Pero de repente enrojece y murmura condescendiente: —Está bien, ya voy, aunque no tiene sentido, ningún sentido. Disculpe, teniente, espero que vuelva pronto. Me inclino, dispuesto a marcharme. Pero ella ha cambiado otra vez de idea. —No, quédese un rato con papá mientras me pongo en marcha —recalca las últimas palabras «en marcha» con acritud y stacatto, como si fuera una amenaza. Después coge la campanita de bronce de encima la mesa y la hace sonar. Más tarde repararé en que en todos los aposentos de la casa hay campanitas como ésta sobre todas las mesas al alcance de su mano para que en todo momento pueda llamar a alguien sin tener que esperar ni un segundo. La campana suena aguda y estridente y en el acto aparece de nuevo el criado, que se había apartado discretamente ante el temor de su arrebató. —Ayúdeme —le ordena, y con gesto brusco aparta la manta de piel. Ilona se inclina ante ella para susurrarle algo al oído, pero la muchacha, visiblemente irritada responde a su amiga: No. Josef sólo me ayudará a levantarme. Iré sola. Lo que sigue a continuación es terrible. El criado se inclina hacia ella y, con una maniobra a todas luces ensayada, levanta el ligero cuerpo por las axilas con las dos manos. Una vez en pie, y apoyándose en el respaldo del sillón, la muchacha primero nos escruta a todos uno a uno con mirada desafiante, después agarra los dos bastones, que estaban ocultos bajo la manta, aprieta los labios con fuerza, se sostiene sobre las muletas y, tap-tap, toc-toc, echa a andar pesadamente, vacila, se impulsa hacia delante, de lado y encorvada como una bruja, mientras el criado va detrás de ella vigilante con los brazos extendidos para cogerla enseguida en caso de que resbale o flaquee. Tap-tap, toc-toc, un paso más y otro, y entre uno y otro algo que parece hecho de cuero tenso y metal chirría y cruje levemente: no me atrevo a bajar la vista hasta sus pobres piernas, pero seguramente lleva algún aparato ortopédico en los tobillos. El corazón se me encoge como bajo una garra de hielo al

contemplar esta marcha forzada, porque comprendo lo que quiere demostrar con no dejarse ayudar ni llevar en silla de ruedas: quiere mostrarme, precisamente a mí, y a todos los presentes, que es una inválida. Quiere afligirnos, llevada por algún oscuro deseo de venganza, fruto de la desesperación, mortificarnos con su dolor, acusarnos, a nosotros los sanos, en lugar de acusar a Dios. Pero precisamente en este horrendo desafío percibo —y mil veces más fuerte que en su desesperado estallido anterior, cuando la invité a bailar— cuán infinitamente debe de sufrir con su desvalimiento. Por fin —parece una eternidad— ha dado los pocos pasos que hay hasta la puerta, tambaleándose y cargando con violencia de una muleta a otra todo el peso de su delgado cuerpo, traqueteado y bamboleado; no tengo valor para mirarla fijamente siquiera una vez, porque el solo ruido de las muletas, seco y duro, ese toc-toc de los golpes contra el suelo al caminar, los chirridos y el arrastre del aparato ortopédico, además del sordo jadeo del esfuerzo, me angustia y me conmueve de tal suerte que noto los latidos de mi corazón hasta en la tela del uniforme. Ya ha salido de la habitación y sigo oyendo sin aliento cómo tras la puerta cerrada el horrible sonido se va amortiguando y finalmente se desvanece. Sólo entonces, cuando se ha hecho el silencio total, me atrevo a levantar de nuevo la mirada. El anciano —ahora me doy cuenta— debe de haberse levantado en silencio entretanto y mira por la ventana con forzada concentración, demasiado forzada. Sólo veo su silueta vacilante a contraluz, pero los hombros de esta figura encorvada se contraen convulsivamente en líneas temblorosas. También él, el padre, que todos los días ve a su hija torturarse de este modo, está anonadado por esta visión. La atmósfera de la habitación se ha helado entre nosotros dos. Al cabo de unos minutos la oscura figura se vuelve por fin y viene hacia mí con paso inseguro, como si caminara por un suelo resbaladizo: —Por favor, no se lo tome a mal a la niña, teniente, si a veces es un poco brusca, pero... Usted no tiene idea de sus torturas durante todos estos años..., siempre algo distinto, y los progresos son tan lentos que comprendo su impaciencia. ¿Qué se puede hacer? Pero hay que intentarlo todo, hay que hacerlo. El anciano se ha detenido ante la mesita de té abandonada y no me mira mientras habla. Mantiene fijos en la mesa los ojos, casi ocultos por los grises párpados. Como en sueños, mete la mano en el azucarero abierto, saca un terrón, lo hace girar entre los dedos, lo contempla sin razón alguna y lo devuelve a su recipiente; su modo de comportarse recuerda un poco al de un borracho. Sigue sin poder apartar la vista de la mesita, como si alguna cosa especial de allí lo tuviera hechizado. Mecánicamente toma una cucharita, la levanta, la deja de nuevo en la mesa y a continuación dice como si se dirigiera al cubierto: —¡Si supiera usted cómo era antes mi hija! Se pasaba el día entero subiendo y bajando escaleras, no caminaba sino que corría por ellas y por las habitaciones de un modo que nos daba pánico. A los once años recorría al galope toda la pradera montada en su pony, nada podía detenerla. A menudo pasábamos miedo, mi mujer que en paz descansa y yo, pues la niña era tan temeraria, traviesa y diestra, que todo le resultaba fácil. Daba la impresión de que le hubiera bastado con extender los brazos para volar... Y precisamente a ella tenía que ocurrirle esto, precisamente a ella... La raya entre los ralos cabellos blancos se inclina cada vez más sobre la mesa. La mano, nerviosa, sigue revolviendo las cosas esparcidas encima, cogiendo ahora en vez de la cucharita unas ociosas tenacillas para el azúcar y trazando con ellas curiosas runas sobre la mesa (sé que por vergüenza y confusión tiene miedo incluso de mirarme). —Y, sin embargo, qué fácil resulta todavía hoy contentarla. Es capaz de disfrutar como una chiquilla con la bagatela más insignificante, de reírse con el chiste más tonto y entusiasmarse con un libro... Ojalá hubiera visto lo encantada que estaba cuando llegaron sus flores y se esfumó el temor de haberlo ofendido... No puede usted imaginarse lo sensible que es a todo..., percibe las cosas con mucha más intensidad que nosotros. Sé muy bien que nadie está ahora más desesperado que ella por no haber sabido dominarse... Pero ¿cómo, cómo va a poder dominarse? ¿Cómo puede una niña tener tanta paciencia, cuando progresa tan lentamente, como si no avanzara, cuando ha sido castigada así por Dios sin haber hecho nada..., sin haber hecho nada a nadie! Siguió con la vista fija en las figuras imaginarias que su mano temblorosa trazaba en el vacío con las pinzas del azúcar. Y de pronto las dejó caer como sobresaltado. Fue como si se hubiera despertado y de golpe se diera cuenta de que no estaba solo y de que había estado hablando con un desconocido. Con una voz completamente distinta, alerta y abatida, empezó a disculparse con torpeza. —Disculpe usted, teniente..., ¡para qué voy a importunarle con nuestras penas! Es sólo que... de pronto me... ha..., simplemente quería darle una explicación... No quisiera que pensara mal de ella..., que creyera que ella... No sé de dónde saqué el valor para interrumpir al confuso y balbuceante anciano y acercarme a él, pero de repente cogí con ambas manos la de aquel desconocido. No dije nada. Me limité a coger y estrechar su mano fría y huesuda que se retiraba involuntariamente. Me miró sorprendido, los cristales de las gafas relampaguearon al mirarme de soslayo y detrás de ellos una mirada insegura, blanda y perpleja, tanteó la mía. Yo tenía miedo de que dijera algo en aquel momento. Pero no lo hizo; sólo sus pupilas negras y redondas se fueron dilatando más y más, como si quisieran saltar de los ojos. También yo sentí que brotaba dentro de mí una emoción como nunca había experimentado, y para huir de ella me apresuré a saludar con una inclinación y salir de allí. En el vestíbulo el criado me ayudó a ponerme el abrigo. De pronto sentí una corriente de aire en la espalda. Sin volverme,

supe que el anciano me había seguido y ahora estaba en el dintel de la puerta, llevado por la necesidad de darme las gracias. Pero yo no quería sentirme turbado. Hice como si no me diera cuenta de que él estaba detrás de mí. Rápidamente, con el pulso acelerado, abandoné la trágica casa. A la mañana siguiente —una pálida niebla cuelga todavía sobre las casas y los postigos están cerrados para proteger el honrado sueño de los ciudadanos— nuestro escuadrón marcha, como todas las mañanas, al campo de maniobras. Con paso cansino avanza por el incómodo empedrado; todavía bastante somnolientos, entorpecidos y malhumorados, mis ulanos se tambalean sobre sus sillas. Pronto hemos recorrido las cuatro o cinco calles, avanzamos ya por la ancha carretera a un trote ligero y torcemos luego a la derecha hacia los prados abiertos. Ordeno a mi grupo «al galope» y los caballos echan a correr resoplando al unísono. Animales inteligentes, conocen ya el campo blando y extenso, no hace falta espolearlos, se les puede dejar las riendas sueltas, pues apenas notan la presión ejercida con las piernas se lanzan al galope con todas sus fuerzas. También los caballos sienten el placer y la excitación del esparcimiento. Yo voy delante. Me apasiona cabalgar. Siento cómo desde las ancas la sangre corre en el cuerpo distendido vibrante y serpenteando como un vivo calor vital, mientras la brisa fresca acaricia silbante la frente y las mejillas. Delicioso aire de la mañana: todavía se saborea en él el rocío de la noche, el hálito de la tierra mullida, el aroma de los campos en flor, y al mismo tiempo el vapor cálido y sensual de los ollares baña al jinete. Siempre me entusiasma de nuevo este primer galope matutino que sacude tan agradablemente el cuerpo mohoso y somnoliento y disipa el sopor como una espesa niebla; sin querer, la sensación de ligereza que me lleva me dilata el pecho, y con los labios abiertos me embebo en el aire que zumba a mi alrededor. «¡Al galope! ¡Al galope!» Siento que los ojos se me aclaran, los sentidos se desentumecen y detrás de mí oigo tintinear los sables a un ritmo regular, el resoplar entrecortado de los caballos, el blando y crujiente hincharse y rechinar de las sillas, los golpes acompasados de los cascos. Este grupo de hombres y caballos galopando es como un solo cuerpo de centauro, llevado por un solo empuje. ¡Adelante, adelante, adelante, al galope, al galope, al galope! ¡Ah, cabalgar así, cabalgar así hasta el fin del mundo! Con el secreto orgullo de ser dueño y creador de este placer de vez en cuando me vuelvo hacia atrás en la silla para observar a mis hombres. Y de repente veo que todos mis bravos ulanos tienen otros rostros. El pesado aturdimiento ruteno, la apatía, la falta de sueño han desaparecido como hollín de sus ojos. Se ponen más erguidos en las sillas, porque se sienten observados, con una sonrisa en los labios corresponden a la satisfacción en mi mirada. Veo que también estos rudos campesinos están impregnados del placer de ese movimiento vertiginoso, de ese presagio del vuelo humano. Todos sienten con la misma dicha que yo la felicidad animal de su juventud, de su fuerza contenida y a la vez liberada. Pero de pronto ordeno: —¡Alto! ¡Al trote! En una súbita sofrenada todos dan un tirón a las riendas. Como una máquina que reduce la velocidad bruscamente, toda la columna coge este paso más lento. Me miran de soslayo un tanto perplejos, pues de ordinario —me conocen y conocen mis irrefrenables ganas de cabalgar— atravesamos el prado a galope tendido y de una tirada hasta el campo de maniobras. Pero fue como si una mano ajena a mí hubiera tirado bruscamente de mis riendas: de repente he recordado algo. Sin querer debo de haber divisado en el horizonte, a la izquierda, el blanco cuadrado de los muros del castillo, los árboles de su jardín y el tejado de la torre y como un disparo me ha asaltado la idea de que quizás alguien me mira desde allí, alguien a quien mortifiqué con mis ganas de bailar y que ahora vuelvo a mortificar con mi pasión por los caballos. Alguien con las piernas lisiadas, encadenadas, que podría tenerme envidia viéndome correr de este modo, ligero como un pájaro. En cualquier caso, de pronto me avergüenzo de correr, tan sano, tan libre y ebrio de velocidad, me avergüenzo de este placer demasiado corporal como de un privilegio indebido. Despacio, a un trote pesado, hago atravesar el prado a mis decepcionados muchachos. Sin mirarlos, noto que esperan una orden que los avive de nuevo. Es verdad que en el mismo momento en que me asalta este extraño impedimento sé también que tal penitencia es necia e inútil. Sé que es absurdo renunciar a un placer porque se le niega a otra persona, prohibirse una alegría porque alguien es infeliz. Sé que a cada instante, mientras reímos y bromeamos tontamente, en alguna parte alguien agoniza y muere entre estertores en la cama, que detrás de mil ventanas acechan la miseria y el hambre, que hay hospitales, canteras y minas de carbón, que en fábricas, oficinas y prisiones innumerables personas están sometidas en todo momento a un trabajo de esclavos y que en nada les alivia las penas el que otro se mortifique sin sentido. Tengo muy claro que si alguien quisiera empezar a imaginarse las miserias que se dan simultáneamente en este mundo, se le truncaría el sueño y se le borraría la sonrisa de los labios. Pero nunca es el dolor imaginario e imaginado el que consterna y anonada, sino que sólo el que el alma ha visto realmente con ojos compasivos es capaz de perturbar de verdad. En mi apasionado y alegre galope había creído ver de repente tan cercano y real como en una visión su rostro desencajado y pálido, me había parecido verla arrastrándose por el salón con sus muletas y al mismo tiempo oír el toc-toc y el clac-clac y los crujidos y chirridos de los aparatos ortopédicos ocultos en las articulaciones de la enferma; como en un susto, sin pensar, sin reflexionar, había tirado de las riendas. Es inútil que ahora me diga a posteriori: ¿a quién sirve que cabalgues a un trote pesado y

necio en vez de a un galope que excita y arrastra? Sin embargo, el golpe ha dado de lleno en algún lugar de mi corazón que está cerca de la conciencia; ya no tengo ánimo para disfrutar del placer de mi cuerpo fuerte, libre y sano. Despacio, adormilados, trotamos hasta el lisière que lleva al campo de maniobras; sólo cuando estamos completamente fuera del campo de visión del castillo me sacudo el entorpecimiento y me digo: ¡Qué tontería! ¡Déjate de sentimentalismos necios! Y ordeno: —¡Adelante! ¡Al galooope! Empezó con este brusco tirón de riendas. Fue como el primer síntoma de ese singular envenenamiento por compasión. Al principio noté sólo de manera sorda — como, por ejemplo, cuando un enfermo se despierta con la cabeza pesada— que algo me había pasado o me estaba pasando. Hasta entonces había vivido despreocupadamente dentro de mi estrecho círculo habitual. Sólo me había preocupado de lo que parecía importante o divertido a mis camaradas y a mis superiores, nunca había tenido interés personal en nada ni nadie en mí. Nada me había conmovido de verdad. Mi situación familiar estaba arreglada, mi profesión y mi carrera estaban bien delimitadas y reglamentadas, y esta despreocupación —ahora lo comprendía— había vuelto irreflexivo mi corazón. Ahora, de repente, algo había ocurrido en mí, conmigo: nada externamente visible, nada importante en apariencia. Sin embargo, aquella mirada colérica, cuando descubrí en los ojos de la muchacha ofendida una profundidad hasta entonces jamás sospechada, había desatado algo en mí y ahora un inesperado calor recorría desde dentro todo mi ser, provocando aquella misteriosa fiebre que siempre me ha resultado inexplicable, como la enfermedad para el enfermo. Al principio sólo comprendí que había rebasado el círculo seguro en cuyo seno había vivido hasta entonces libre de preocupaciones y había entrado en una zona nueva que como todo lo nuevo era a la vez incitante e inquietante; por primera vez vi abrirse ante mí un abismo del sentimiento que, sin que pudiera explicármelo, me atraía a medirlo y a precipitarme en él. Pero al mismo tiempo el instinto me advertía de que no cediera a esta temeraria curiosidad. Recordaba: «¡Basta ya! Te has disculpado, has reparado el absurdo desliz.» Pero otra voz susurraba en mi interior: «¡Vuelve allí otra vez! ¡Siente de nuevo ese escalofrío en la espalda, ese estremecimiento de miedo y ansia!» Y se repetía el aviso: «¡Déjalo! ¡No te metas donde no te llaman, no seas inoportuno! Joven simple como eres, no estarás a la altura de una situación que excede tus fuerzas y cometerás desatinos peores que la primera vez.» Sorprendentemente fui eximido de tomar esta decisión, pues tres días después encontré sobre la mesa una carta de Kekesfalva preguntándome si quería cenar con ellos el domingo. Esta vez sólo asistirían caballeros, entre ellos aquel teniente coronel Von F. del Ministerio de la Guerra del que me había hablado, y huelga decir que también su hija e Ilona se alegrarían sumamente de verme. No me avergüenza confesar que, siendo como soy un joven más bien tímido, esta invitación me llenó de orgullo. Así pues, no se habían olvidado de mí, y la observación de que asistiría también el teniente coronel Von F. parecía incluso insinuar que Kekesfalva (enseguida comprendí por qué sentimiento de gratitud) quería procurarme discretamente una protección de carácter oficial. Y la verdad es que no tuve que arrepentirme de haber aceptado enseguida. Fue una velada de lo más agradable y yo, un oficial subalterno a quien nadie prestaba atención en el regimiento, tuve la sensación de hallar una cordialidad especial, totalmente insólita, en la persona de aquellos caballeros mayores y atildados. Era evidente que Kekesfalva se había fijado en mí de una manera especial. Por primera vez en mi vida un superior me trataba sin la altivez del rango. Me preguntó si estaba contento en el regimiento y cómo se presentaba la cuestión de mi ascenso. Me animó a ir a verlo si iba a Viena o necesitaba cualquier cosa. Por su parte el notario, un hombre calvo y vivaracho, con una cara de luna resplandeciente de bondad, me invitó a su casa; el director de la fábrica de azúcar me dirigió la palabra una y otra vez... ¡Qué diferencia de conversación comparada con la de nuestro comedor de oficiales, donde tenía que asentir a toda opinión de un superior con un «a sus órdenes»! Me inundó una agradable sensación de seguridad más rápidamente de lo que me había imaginado, y ya al cabo de media hora participaba en la conversación hablando sin inhibición alguna. De nuevo los criados sirvieron manjares que yo hasta entonces sólo conocía de oídas y por las fanfarronadas de los compañeros más acomodados: caviar exquisito, helado que probé por primera vez, pastel de corzo y faisán, y para acompañar todo aquello, aquel vino que alegraba los sentidos. Sé que es estúpido dejarse impresionar por estas cosas. Pero ¿por qué negarlo? Yo, pequeño, joven y nada refinado teniente, disfruté con vanidad francamente pueril banqueteeando tan opíparamente en compañía de unos caballeros mayores tan distinguidos. ¡Caray, pensaba una y otra vez, caray, esto tendrían que verlo Wawruschka y el descolorido voluntario que siempre hace gala de la opulencia con que cenaban en el Sacher de Viena! ¡Tendrían que acudir a algo así y verían cómo se quedaban boquiabiertos! Sí, si esos envidiosos pudieran verme aquí sentado alegremente y cómo el teniente coronel del Ministerio de la Guerra bebe a mi salud, cómo discuto con el director de la fábrica de azúcar y luego él declara con toda seriedad: «Me sorprende lo familiarizado que está usted con estos temas.» El café se sirve en el boudoir, el coñac desfila en grandes copas panzudas y heladas, seguido de nuevo del calidoscopio de licores y, por supuesto, también de los famosos y gruesos cigarros con sus pomposas vitolas. En mitad de la conversación Kekesfalva se inclina hacia mí para preguntarme discretamente qué prefiero: jugar a cartas con los hombres o charlar

con las damas. Por supuesto esto último, me apresuro a contestar, pues no me sentiría muy cómodo arriesgando un rubber con un teniente coronel del Ministerio de la Guerra. Si ganas, puedes enojarlo; si pierdes, tiras todo tu presupuesto mensual. Además, recuerdo que a lo sumo llevo veinte coronas en total en la cartera. De modo que, mientras al lado abren la mesa de juegos, yo voy a sentarme con las dos muchachas, y cosa curiosa —¿será el vino o el buen humor, que me lo transfigura todo?—, las dos me parecen hoy especialmente bonitas. Edith no parece tan pálida ni enfermiza como la última vez... Sea que en honor a los invitados se ha dado un poco de colobete, sea que en realidad es sólo el ambiente animado lo que tiñe sus mejillas, lo cierto es que ha desaparecido de alrededor de su boca la tensa y nerviosa arruga y la terca contracción de las cejas. Lleva un largo vestido rosa y está sentada sin manta ni piel que cubra su defecto físico, y sin embargo, llevados por el buen humor, ni yo ni los demás pensamos «en aquello». En cuanto a Ilona, tengo la sospecha de que está un poco achispada, pues los ojos le brillan deslumbrantes y, cuando al reír echa hacia atrás sus hermosos y bien contorneados hombros, tengo realmente que apartarme para resistir la tentación de acariciar, casi por casualidad, sus brazos desnudos. Con un coñac echado al colete —uno de esos que dan un calorcito maravilloso—, con un hermoso y pesado cigarro, cuyo humo hace deliciosas cosquillas en la nariz, con dos bellas y animadas muchachas al lado, y después de una cena tan succulenta, incluso al más bobo no le resulta difícil conversar alegremente. Sé que en general soy un buen narrador, excepto cuando me lo impide mi maldita timidez. Pero esta vez estoy en una forma excelente y converso con verdadero ánimo. Desde luego, sólo cuento pequeñas historias tontas, por ejemplo el último incidente ocurrido en el cuartel, cuando la semana pasada el coronel quiso enviar una carta urgente en el expreso de Viena a última hora y llamó a un ulano, un auténtico joven campesino ruteno, encargándole encarecidamente que la carta llegara lo más rápido posible a Viena; tras recibir la orden, el bobalicón corre a toda prisa al establo, ensilla el caballo y en un santiamén sale galopando por la carretera de Viena; si no se hubiera dado parte por teléfono al destacamento siguiente, el muy animal habría cabalgado realmente dieciocho horas. Así pues, válgame Dios, no fatigo a los demás ni a mí mismo con ocurrencias profundas e inteligentes; en realidad sólo son historias corrientes, flores de cuartel de cosechas antiguas y recientes, pero —y yo mismo estoy admirado— divierten sobremanera a las dos muchachas, las dos ríen sin cesar. La risa de Edith es especialmente desbordante, con su tono agudo y argentino que a veces se atipla un poco y suelta un gallo, pero la alegría debe de salirle real y sincera desde dentro, pues la piel fina y transparente de porcelana de sus mejillas adquiere un colorido cada vez más vivo, un hálito de salud e incluso de belleza ilumina su rostro, y sus ojos grises, por lo general un tanto acerados y penetrantes, chispean con una alegría infantil. Resulta agradable mirarla cuando olvida su cuerpo encadenado, pues entonces sus movimientos se tornan más y más libres y sus gestos más sueltos, se reclina completamente despreocupada, ríe, bebe, atrae a Ilona a su lado y le rodea los hombros con el brazo; de veras, las dos muchachas se divierten de lo lindo con mis bagatelas. El éxito suele enardecer al narrador, y se me ocurre un montón de historias que había olvidado hace tiempo. De ordinario más bien temeroso y apocado, descubro en mí un valor completamente nuevo: río con ellas y las hago reír. Como niños traviosos nos acurrucamos los tres en el rincón. Y, sin embargo, mientras bromeo así sin interrupción y parezco del todo integrado en nuestro alegre círculo, noto medio consciente y a la vez medio inconscientemente una mirada que me observa. Me llega por encima de los cristales de unas gafas; esta mirada viene de la mesa de juegos y es cálida y feliz y acrecienta aún más mi propia felicidad. Con disimulo (creo que se avergüenza ante los demás) y con cautela, de vez en cuando el anciano nos mira de soslayo por encima de sus cartas, y en una ocasión en que capto su mirada, inclina familiarmente la cabeza en señal de asentimiento. En este momento su rostro tiene el brillo concentrado y resplandeciente de alguien que escucha música. Esto dura hasta casi medianoche; la conversación no se interrumpe ni una sola vez. Vuelven a servir exquisiteces, riquísimos canapés, y, cosa curiosa, no soy el único que echa la zarpa. Las dos muchachas también se atracan con ganas y beben cuantiosamente el viejo oportó inglés, hermoso, negro y fuerte. Pero al final llega el momento de despedirse. Edith e Ilona me estrechan la mano como a un viejo amigo, un compañero querido y de confianza. Naturalmente tengo que prometerles que volveré pronto, mañana o pasado. Y luego salgo al vestíbulo con los otros tres caballeros. El coche nos llevará a casa. Yo mismo voy a buscar el abrigo, puesto que el criado está ocupado en ayudar al teniente coronel. De pronto noto que alguien quiere ayudarme a ponérmelo: es el señor Von Kekesfalva, y mientras yo rechazo aterrado su ayuda (¿cómo puedo yo, joven bisoño, dejarme servir por un anciano?), se me acerca y en un susurro: —Teniente —me dice tímidamente al oído—. Ah, teniente, no lo sabe usted bien. No se imagina lo feliz que me ha hecho volver a oír a mi hija reír con gusto. No tiene muchas ocasiones para alegrarse. Y hoy ha sido casi como antes, cuando... En este momento se nos acerca el teniente coronel. —¿Qué, nos vamos? —me sonrío amablemente. Por supuesto Kekesfalva no se atreve a seguir hablando, pero de pronto noto su mano acariciándome la manga, muy suave y apocadamente, como se acaricia a un niño o a una mujer. Hay una ternura y una gratitud inmensas en este tímido contacto, disimulado y a escondidas; percibo en él tanta dicha y tanta

desesperación a la vez, que me siento de nuevo conmovido, y mientras con militar respeto subo los tres peldaños del coche junto al teniente coronel, tengo que dominarme para que nadie note mi turbación. Aquella noche no pude dormirme enseguida, estaba demasiado nervioso. Por insignificante que pudiera parecer el motivo desde fuera —al fin y al cabo lo único que había ocurrido es que un anciano había pasado la mano por mi manga afectuosamente—, este gesto contenido de sincera gratitud había bastado para hacer brotar y desbordar algo muy íntimo dentro de mí. En esta embargadora relación experimenté una ternura de una profundidad tan casta y sin embargo tan apasionada como nunca la había sentido con una mujer. Por primera vez en mi vida yo, joven aún, tenía la certeza de haber ayudado a alguien en este mundo, y tremenda era mi estupefacción al comprobar que un pequeño, mediocre e inseguro oficial como yo tuviera realmente el poder de hacer tan feliz a alguien. Quizá, para explicarme lo delirante de este inesperado descubrimiento, tengo que recordarme de nuevo a mí mismo que desde mi infancia nada había pesado tanto en mi alma como el convencimiento de ser un hombre completamente superfluo, sin interés alguno para los demás o, en el mejor de los casos, indiferente. En la escuela de cadetes, en la academia militar, había sido un alumno mediocre, en absoluto destacado, no era de los más estimados ni aventajados, y las cosas no me iban mejor en el regimiento. Y, así, estaba profundamente convencido de que si de repente desapareciese, si por ejemplo me cayera del caballo y me desnucara, los camaradas quizá dirían: «Pobre Hofmiller», pero al cabo de un mes nadie me echaría de menos. Pondrían a otro en mi lugar, en mi caballo, y este otro cumpliría con el servicio tan bien o tan mal como yo. Y lo mismo que con mis camaradas, igual me habían ido las cosas con las chicas con las que había tenido relaciones en mis dos guarniciones: en Jaroslava con la ayudante de un dentista; en Wiener Neustadt con una modistilla; habíamos salido juntos, había llevado a Annerl a mi habitación en su día libre, le había regalado un pequeño collar de coral; nos habíamos dicho las habituales palabras cariñosas, probablemente ella incluso las dijera de corazón. Pero luego, cuando fui trasladado, nos consolamos rápidamente; durante los primeros tres meses todavía nos escribimos de vez en cuando las obligadas cartas, después cada uno trabó amistad con otra persona; toda la diferencia consistía en que en los arrebatos cariñosos ella llamaba al otro Ferdl en vez de Toni. Pasado, olvidado. Mas, hasta entonces, a los veinticinco años, no me había sentido impulsado por ningún sentimiento fuerte y apasionado y en el fondo no esperaba ni exigía de la vida más que cumplir correcta y esmeradamente con mi deber, y nunca llamar la atención de modo desagradable. Pero ahora había ocurrido lo inesperado y con curiosidad y sobresalto me contemplé a mí mismo admirado. ¿Cómo? ¿También yo, un joven mediocre, tenía poder sobre otras personas? ¿Yo, que a decir verdad no poseía ni cincuenta coronas, era capaz de proporcionar más dicha a un hombre rico que todos sus amigos? Si una o dos tardes me sentaba junto a una muchacha tullida y turbada y hablaba con ella, ¿sus ojos brillaban, sus mejillas respiraban vida y una casa toda ella ensombrecida se tornaba luminosa con mi presencia? Llevado por mi agitación, cruzo las calles oscuras con tal rapidez que enseguida me acaloro. Quisiera desabrocharme la guerrera, hasta tal punto se me ensancha el corazón, pues en esta sorpresa se afirma y se revela insospechadamente otra nueva, más embriagadora todavía: el hecho de que resultara tan fácil, tan tremendamente fácil, hacer amistad con estos desconocidos. Porque, ¿qué méritos había hecho yo? Había mostrado un poco de compasión, había pasado dos veladas en su casa, por cierto alegres, animadas y amenas, ¿y eso había bastado? Qué estupidez entonces pasar todo el tiempo libre, día tras día, en el café, jugando tontamente a las cartas con aburridos compañeros, o pasear arriba y abajo por la avenida. ¡No, a partir de ahora se acabó esta memez, este insensato punto muerto! Mientras atravieso la noche con paso cada vez más rápido, me propongo con verdadera pasión, como si hubiera despertado de golpe, cambiar mi vida en adelante. Iré al café con menos frecuencia, dejaré los estúpidos naipes y el billar, pondré fin enérgicamente a todas esas maneras de matar el tiempo que a nadie aprovechan y a mí me embrutece. Prefiero visitar más a menudo a esta enferma, prepararme incluso de modo especial para cada ocasión a fin de poder contar a las dos muchachas cosas gratas y divertidas, jugar al ajedrez o pasar el tiempo agradablemente; este simple propósito de ayudar, de ser útil a otros en lo sucesivo, me infunde ya una especie de entusiasmo. Quisiera cantar, cometer alguna locura, llevado por esta sensación de ligereza alada. Sólo cuando uno sabe que es algo también para otros, descubre el sentido y la misión de su propia existencia. Fue por esta razón y sólo por ésta por la que en las semanas siguientes pasé las tardes y normalmente también las noches en casa de los Kekesfalva; estas horas de charla amigable se convirtieron pronto en costumbre, y en una mala costumbre también, nada inofensiva. Pero ¡qué seducción para un joven que desde su infancia ha sido llevado de un establecimiento militar a otro, encontrar de improviso un hogar, una patria para el corazón, en vez de las frías habitaciones de cuartel y las salas comunes llenas de humo! Terminado el servicio, a las cuatro y media o a las cinco, salía de la guarnición, y apenas posaba la mano sobre la aldaba, el criado abría la puerta con grandes muestras de alegría, como si hubiera estado observando mi llegada a través de una mirilla mágica. Todo me indicaba con una amabilidad manifiesta que se me consideraba del modo más natural como alguno de la familia; mimaban cada una de mis pequeñas debilidades y

preferencias. Siempre tenía a mano mi marca favorita de cigarrillos; si mencionaba de paso un libro que me hubiera gustado leer, lo encontraba al día siguiente como por casualidad, nuevo y sin embargo previsoramente cortado, sobre el pequeño taburete; un sillón determinado, frente a la chaise longue de Edith, era considerado indiscutiblemente «mi» lugar: pequeñeces, bagatelas, sin duda, pero que dan calor y bienestar hogareños a una estancia extraña, y alegran y aligeran imperceptiblemente los sentidos. Ahí me sentaba, más seguro de lo que me había sentido jamás entre mis camaradas, y charlaba y bromeaba como me salía del alma, observando por primera vez que los vínculos, cualquiera que sea la forma que adoptan, atan las verdaderas fuerzas del alma y que la auténtica medida de un hombre sólo se manifiesta en un ambiente de confianza. Pero había otro motivo, mucho más misterioso, que contribuía sin darme cuenta a que la tertulia diaria con las dos muchachas me animara tanto. Desde mi temprano ingreso en la academia militar, hacía pues diez o quince años, había vivido sin interrupción entre hombres, en un entorno masculino. De la mañana a la noche, de la noche a la mañana, en el dormitorio de la academia, en las tiendas de campaña durante las maniobras, en las habitaciones, a la mesa y durante las marchas, en la escuela de equitación y en las aulas, no había respirado otra cosa sino atmósfera masculina, primero de muchachos, luego de jóvenes, pero siempre de hombres, hombres acostumbrados ya a gestos enérgicos, a su paso firme y ruidoso, a sus voces guturales, a su olor a tabaco, a su desenvoltura y a veces incluso a su ordinariez. Ciertamente que la mayoría de mis compañeros me caía bien y a decir verdad no podía quejarme de falta de cordialidad por su parte. Pero esta atmósfera carecía de vibración y ligereza, no contenía bastante ozono, por decirlo así, ni suficiente energía eléctrica, emoción y estímulo. Y así como nuestra magnífica banda militar, pese a su ejemplar empuje rítmico, nunca ha pasado de interpretar fría música metálica, es decir, dura, granular y ajustada sólo al compás, porque le falta el sonido delicado y sensual de los violines, así también incluso las más exquisitas horas de camaradería carecían de la sordina de ese fluido que la presencia o la mera proximidad de mujeres aporta a toda reunión. Ya entonces, cuando a los catorce años nos paseábamos de dos en dos por la ciudad con nuestros elegantes y acordonados uniformes de cadete y encontrábamos a otros muchachos flirteando o charlando despreocupadamente con chicas, nos dábamos cuenta con confusa nostalgia de que el acuartelamiento de seminario sustraía brutalmente a nuestra juventud lo que era dado diariamente y por supuesto a los chicos de nuestra edad, en las calles, los paseos, la pista de patinaje y la sala de baile: el trato natural con muchachas. Mientras que nosotros, aislados y entre rejas, veíamos pasar a esos elfos de chaquetas cortas como seres mágicos, soñando con una conversación con una muchacha como algo inalcanzable. Semejante privación no se olvida. El que más adelante se presentaran aventuras fugaces, casi siempre superficiales, con toda clase de mujeres complacientes, no servía de compensación para estos sueños sentimentales de adolescente, y en la torpeza y la timidez con que me desenvolvía en sociedad (aunque ya me había acostado con una docena de mujeres) en cuanto me tropezaba casualmente con una joven veía yo que ese trato desenvuelto y natural me estaba vedado y perdido para siempre. Y ahora, de repente, se había cumplido del modo más perfecto ese deseo juvenil no confesado de vivir una amistad con chicas en vez de con camaradas barbudos, varoniles y toscos. Pasaba las tardes sentado entre ambas muchachas, como el gallo del gallinero; sus voces claras y femeninas (no sé expresarlo de otra manera) me causaban un bienestar casi físico, y con un sentimiento de felicidad, difícil de describir, disfrutaba por primera vez de falta de timidez en presencia de mujeres jóvenes. Pues el hecho de que, dadas las circunstancias, estuviera excluido ese crepitante contacto eléctrico que suele producirse inevitablemente cuando jóvenes de distinto sexo permanecen largo tiempo juntos, no hacía sino aumentar lo que de especialmente afortunado tenía nuestra relación. Nuestras charlas de horas y horas carecían por completo de esa atmósfera sensual que suele volver tan peligroso un tête-a-tête en la penumbra. Al principio, no tengo inconveniente en confesarlo, es cierto que me excitaban muy agradablemente los labios carnosos que invitaban al beso, los rollizos brazos de Ilona, la sensualidad magiar que se manifestaba en sus movimientos muelles y ondulantes. Algunas veces tuve que retener mis manos con férrea disciplina contra el deseo de atraer hacia mí a aquella criatura tierna y cálida de ojos negros y risueños y besarla hasta la saciedad. Pero, primero, Ilona me confesó en los primeros días de nuestra amistad que desde hacía dos años estaba comprometida con un aspirante a notario de Beckskeret y que sólo esperaba la curación o la mejoría de Edith para casarse. Adiviné que Kekesfalva había prometido una dote a la parienta pobre con la condición de que esperara hasta entonces. Y, segundo, habría sido una brutalidad, una perfidia, que nos hubiéramos entregado a caricias y besuqueos sin estar realmente enamorados, a espaldas de aquella compañera enternecedora, impotente, encadenada a una silla de ruedas. Así que se desvaneció pronto el encanto sensual, al principio tan centelleante, y todo el afecto de que yo era capaz se concentró de forma cada vez más tierna en la desvalida y postergada, pues en la misteriosa química de los sentimientos la compasión por un enfermo se alía forzosa e imperceptiblemente con la ternura. Estar sentado junto a la tullida, distraerla conversando con ella, ver cómo una sonrisa apacigua su boca delgada e inquieta o, a veces, cuando se estremecía impaciente cediendo a un arrebatado antojo, conseguir una avergonzada transigencia con sólo

tocarla con la mano y recibir a cambio una mirada gris de gratitud: estas pequeñas intimidades de una amistad espiritual con una muchacha desamparada y endeble me hacían más feliz que la aventura más apasionada con su amiga. Y en virtud de estas leves emociones descubrí —¡cuántas cosas aprendí gracias a esos pocos días!— zonas del sentimiento para mí desconocidas e insospechadamente más tiernas. Zonas del sentimiento desconocidas y más tiernas..., ¡pero sin duda también más peligrosas! Pues vanos resultan los esfuerzos por tratar a alguien con el mayor cuidado: la relación entre una persona sana y una enferma, una libre y otra prisionera, a la larga nunca pueden mantenerse en un equilibrio total. La desgracia hace a la gente vulnerable y el sufrimiento continuo la vuelve injusta. Así como entre deudor y acreedor persiste inextirpable una sensación molesta, porque a uno se le ha dado irremediamente el papel de dador y al otro el de receptor, así también en el enfermo queda una irritación secreta siempre a punto de saltar contra todo gesto visible de protección. Tenía que estar siempre alerta para no traspasar la frontera casi imperceptible en que el sentimiento de simpatía, en vez de aplacar, hería aún más a la fácilmente susceptible muchacha; por una parte, consentida como estaba, exigía que todo el mundo le sirviera como a una princesa y la mimara como a un niño, pero ya al momento siguiente esta misma consideración podía amargarla, porque le daba más clara conciencia de su desvalimiento. Si por ejemplo se le acercaba el taburete para complacerla y ahorrarle el esfuerzo de tomar un libro o una taza, exclamaba en tono imperioso y con mirada fulgurante: «¿Cree usted que no puedo tomar por mí misma lo que quiera?» Y así como una fiera enjaulada se lanza a veces sin motivo alguno contra el cuidador al que de ordinario lame la mano, así también ella sentía un malicioso placer en desgarrar con un brusco zarpazo nuestro estado de ánimo sereno y tranquilo, hablando inesperadamente de sí misma como de «una miserable inválida». En estos momentos de tensión era preciso realmente hacer acopio de todas las fuerzas para no ser injustos con su agresivo malhumor. Pero, para mi sorpresa, siempre encontraba esa fuerza. Misteriosamente, a un primer conocimiento de la naturaleza humana siempre se le agregan otros, y quien ha sido agraciado con la capacidad de sentir compasión por una sola forma de sufrimiento terrenal, es capaz de comprender también, gracias a esa enseñanza mágica, todas las demás, aun las más extrañas y en apariencia más absurdas. De modo que no me desconcerté con las rabietas ocasionales de Edith. Al contrario, cuanto más injustos y vehementes eran sus arrebatos, tanto más me conmovían; poco a poco comprendí también por qué mis visitas eran tan bienvenidas para el padre y para Ilona, por qué mi presencia era tan bien recibida por toda la casa. Un sufrimiento que dura mucho en general fatiga no sólo al enfermo, sino que también agota la compasión de los demás; los sentimientos intensos no se pueden prolongar hasta el infinito. Sin duda el padre y la amiga sufrían hasta el fondo de su alma por esa pobre impaciente, pero también es cierto que lo hacían con cansancio y resignación. Tomaban a la enferma como enferma y el hecho de la invalidez como hecho; esperaban con los ojos bajos que se calmaran esas breves tormentas nerviosas, pero ya no se asustaban cada vez como yo. Yo, en cambio, el único para el que su sufrimiento significaba cada vez una nueva conmoción, pronto me convertí en el único ante el que ella se avergonzaba de su desmesura. Cuando se dejaba llevar por un arrebato, me bastaba una pequeña amonestación como «Pero, mi querida señorita Edith» para que bajara obedientemente la mirada. Se ruborizaba, y se veía que, si sus pies no la tuvieran encadenada, hubiera preferido huir de sí misma. Nunca pude despedirme de ella sin que me dijera con voz un tanto suplicante que me rompía el corazón: «Pero, volverá mañana, ¿no? ¿Verdad que no está enfadado conmigo por todas las tonterías que he dicho hoy?» En esos momentos sentía una especie de asombro enigmático porque yo, que no podía ofrecer más que mi sincera compasión, tuviera tanto poder sobre otras personas. Pero es propio de la juventud que cada nuevo descubrimiento se convierta en exaltación y que, cuando un sentimiento la conmociona, nunca tenga bastante de él. Una extraña transformación empezó a operarse en mí al descubrir que esta compasión mía era una fuerza que no sólo me estimulaba agradablemente, sino que también tenía efectos benéficos más allá de mi persona: desde que por primera vez abrí mi corazón a esta nueva capacidad de compasión, me parecía como si una toxina hubiera penetrado en mi sangre y la hubiera vuelto más caliente, roja, rápida, palpitante y vehemente. De pronto ya no comprendía el embotamiento en que había vivido tan rutinariamente hasta entonces como en un crepúsculo gris y monótono. Empiezan a estimularme e interesarme cientos de cosas a las que antes ni siquiera prestaba atención. Como si esa primera visión del dolor ajeno hubiera despertado en mí una mirada más penetrante y sabia, percibo por doquier detalles que me atraen, entusiasman y conmueven. Y puesto que todo nuestro mundo está lleno, calle por calle y casa por casa, de un destino palpable e impregnado de abrasadora penuria hasta los más profundos cimientos, ahora mis días transcurren ininterrumpidamente llenos de tensión y atención. Descubro, por ejemplo, durante la remonta que de pronto soy incapaz de golpear la grupa de un caballo recalcitrante con la misma fuerza que antes, pues me siento culpable del dolor que causo y los verdugones quemar mi propia piel. O los dedos se me crispan involuntariamente cuando nuestro colérico capitán asesta un puñetazo en la cara de un pobre ulano ruteno porque ha enjaezado mal el caballo y el muchacho se cuadra con las manos pegadas a las costuras de los pantalones. Alrededor, los otros

soldados contemplan la escena o ríen estúpidamente, pero sólo yo veo cómo se empañan las pestañas del torpe muchacho bajo los párpados caídos y avergonzados. De repente no soporto en el comedor de oficiales las bromas sobre compañeros desmañados o poco diestros; desde que he comprendido el tormento de la flaqueza en aquella muchacha impotente e indefensa, me irrita odiosamente cualquier brutalidad y toda persona indefensa despierta mi interés. Desde que la casualidad ha vertido en mis ojos esa única gota ardiente de compasión reparo en infinidad de menudencias que hasta entonces me habían pasado por alto, cosas simples, sencillas, pero cada una de ellas desprende para mí interés y conmoción. Me llama la atención, por ejemplo, que la vendedora de tabaco a la que siempre compro mis cigarrillos se acerque ostensiblemente las monedas que le doy a sus gruesas gafas y enseguida me asalta la sospecha de que pueda tener cataratas. Mañana se lo preguntaré con tacto y quizá también pediré al médico del regimiento, Goldbaum, que la examine. O me llama la atención que últimamente los voluntarios hagan el vacío tan visiblemente al pequeño y pelirrojo K., y recuerdo haber leído en el periódico (¿qué culpa tiene el pobre muchacho?) que su tío está en la cárcel por malversación; durante el rancho me siento a propósito a su lado y empiezo una larga conversación con él, sintiendo al instante en su mirada agradecida que comprende que lo hago para mostrar a los demás su modo injusto y vulgar de tratarlo. O pido que salga de la formación como voluntario a uno de mi sección al que el coronel habría castigado sin piedad a limpiar hebillas durante cuatro horas; diariamente y en pruebas diferentes experimento este placer que de pronto ha nacido en mí. Y me digo: ¡a partir de ahora ayudarás cuanto puedas a todos y cada uno! ¡Ya no soporto permanecer indiferente! Engrandecerse entregándose a otros, enriquecerse hermanándose con los destinos de los demás, comprendiendo y poniéndose al lado del dolor de otros con la compasión. Y mi corazón, sorprendido de sí mismo, tiembla de gratitud hacia la enferma a la que había ofendido sin querer y que con su sufrimiento me ha enseñado esa fecunda magia que entraña la compasión. Ahora bien, pronto fui despertado de esos sentimientos tan románticos, y ello del modo más radical. Ocurrió lo siguiente. Aquella tarde habíamos jugado al dominó y después habíamos hablado largo y tendido, y así pasamos el tiempo tan animadamente, que nadie se dio cuenta de lo tarde que era. Finalmente, hacia las once y media, miro espantado el reloj y me despido a toda prisa. Pero mientras el padre me acompaña al vestíbulo oímos afuera un zumbido como de cien mil abejorros. Un auténtico aguacero tamborilea en el alero. —El coche lo llevará a casa —me tranquiliza Kekesfalva. Yo protesto diciendo que no hace falta. Me repugna la idea de que a las once y media de la noche y por mi culpa el chófer tenga que vestirse de nuevo y sacar el coche del garaje (toda esta comprensión y consideración hacia las vidas de los demás es completamente nueva en mí, la he aprendido durante estas últimas semanas). Aunque, a decir verdad, con este tiempo de perros también resulta tentadora la posibilidad de llegar rápida y cómodamente a casa en un coche bien mullido, en vez de caminar media hora con delgadas botas de charol por una carretera embarrada. De modo que acepto. A pesar de la lluvia, el anciano insiste en acompañarme hasta el coche y subirme la capota. El chófer pone el motor en marcha y en un santiamén llego a casa bajo los redobles de la tormenta. Se viaja maravillosamente cómodo y confortable en el coche, que se desliza sin ruido. Sin embargo, ahora que nos acercamos al cuartel —hacemos el trayecto con una rapidez mágica—, golpeo el cristal de separación y pido al chófer que se detenga en la plaza del Ayuntamiento. ¡Mejor no parar delante del cuartel en el elegante cupé de Kekesfalva! Sé que no es conveniente que un insignificante teniente aparezca como un archiduque en un fabuloso y traqueteante coche y se haga abrir la puerta por un chófer uniformado. A los del cuello de la guerrera dorado no les gustan semejantes fanfarronadas y, además, desde hace tiempo el instinto me aconseja mezclar lo menos posible mis dos mundos, el del lujo de fuera, donde soy un hombre libre, independiente y mimado, y el otro, el mundo del servicio, en el que debo someterme, pobre diablo que se siente aliviado cuando el mes tiene treinta días en vez de treinta y uno. Inconscientemente una parte de mí no quiere saber nada de la otra; a veces soy incapaz de distinguir cuál es el verdadero Toni Hofmiller, el del servicio militar o el de los Kekesfalva, el de fuera o el de dentro. El chófer, atendiendo a mis deseos, detiene el coche en la plaza del Ayuntamiento, a dos calles del cuartel. Me apeo, me subo el cuello del abrigo y me dispongo a cruzar rápidamente la espaciosa plaza. Pero en este mismo instante la tormenta arrecia con redoblada furia, el viento me azota la cara con ráfagas de lluvia. Será mejor esperar unos minutos en un portal antes de recorrer las dos calles hasta el cuartel. O quizá todavía está abierto el café y podré guarecerme allí hasta que el bendito cielo haya vaciado sus enormes regaderas. Sólo hay seis casas hasta el café y, detrás de los cristales mojados, veo el resplandor crepuscular de la luz de gas. Quizá mis compañeros siguen todavía sentados a la mesa; una buena ocasión de enmendar mis faltas, pues ya va siendo hora de dejarme ver de nuevo. Ayer, anteayer, toda la semana y la anterior he faltado a la tertulia. A decir verdad, tendrían toda la razón de estar enojados conmigo; cuando se es desleal, al menos hay que guardar las formas. Alzo el picaporte. En la mitad delantera del local ya están apagadas las luces por razones de economía, los periódicos están esparcidos por doquier y el camarero Eugen pasa las cuentas. Sin embargo, veo luz todavía en la parte de atrás, en la sala de juegos, de donde me llegan destellos de

lustrosos botones de uniforme; es verdad, siguen ahí los eternos jugadores de cartas: Jozsi, el teniente, Ferencz, el alférez, y el médico del regimiento, Goldbaum. Al parecer ya hace rato que han terminado su partida y permanecen repantigados, aletargados por esa pereza de café que conozco tan bien y que teme el momento de levantarse, razón por la cual reciben como un regalo del cielo mi llegada, que interrumpe su aburrida modorra. —Hola, Toni— dice Ferencz, alarmando a los otros. —Qué honor para nuestra humilde choza —declama el médico del regimiento, quien, como solemos decir en tono de burla, sufre de diarrea crónica de citas. Seis ojos somnolientos me saludan parpadeando y sonrientes. —¡Hola, hola! Su alegría me regocija. Son realmente buenos muchachos, pienso. No se han tomado nada mal el que los haya desdeñado todo este tiempo sin excusa ni explicación. —Un café— pido al camarero, que se acerca arrastrando somnoliento los pies, y arrimo una silla con el inevitable «¿Bueno, qué hay de nuevo?» con que empiezan todas nuestras tertulias. El cariancho Ferencz ensancha más aún su rostro, sus ojos parpadeantes casi desaparecen entre los mofletes de color rojo de manzana; abre la boca poco a poco, pastosamente. —La última novedad —sonríe complacido— es que vuestra excelencia se haya dignado visitarnos de nuevo en nuestra humilde choza. Y el médico del regimiento se reclina en su silla y empieza a recitar con la entonación del actor Kainz: —Mahadoeh, dios de la tierra, descendió por última vez, para sentir con los hombres, el tormento y el placer. Los tres me miran divertidos y al instante me embarga una sensación agria. Será mejor, pienso, que me ponga a hablar yo enseguida, antes de que ellos empiecen a preguntar por qué he faltado todos estos días y de dónde vengo hoy. Pero antes de que pudiera intervenir, Ferencz ya ha hecho un extraño guiño y dado un codazo a Jozsi. —Mira —dice, señalando debajo de la mesa—. ¿Qué te parece? ¡Con este tiempo de perros, botines de charol y uniforme de gala! Sí, Toni sí que ha sabido buscarse un buen cobijo. Debe de irle de fábula con ese viejo maniqueo. Cinco platos todas las noches, cuenta el farmacéutico, con caviar y capones, Bols auténtico y cigarros de primera... ¡Qué diferente de la bazofia que comemos en El León Rojo! Ah, hemos infravalorado a Toni. Qué callado se lo tenía, la mosquita muerta. Jozsi se afana por ayudar: —Sólo en cuestión de camaradería flaquea un poco. Sí, querido Toni, en vez de decir a ese viejo amigo tuyo: «Mira, viejo, tengo ahí unos compañeros muy chic, unos muchachos excelentes, grandes compañeros, que tampoco comen con cuchillo y un día de éstos te los voy a traer», en vez de esto piensas: «¡Que sigan tragando su cerveza amarga y condimentándose el gáznate con su triste gulasch!» Sí, vaya camaradería. Todo para él y nada para los demás. Bueno, ¿me traes un buen Upmann por lo menos? En este caso por hoy te perdonamos. Los tres ríen y chasquean la lengua. De pronto siento que la sangre se me agolpa desde el cuello de la guerrera hasta las orejas, porque ¿cómo diablos ha adivinado ese condenado Jozsi que Kekesfalva me ha obsequiado realmente con uno de sus excelentes cigarros al despedirme en el vestíbulo, como hace siempre? ¿Acaso sobresale entre dos botones de mi casaca? ¡Ojalá no se den cuenta! Desconcertado, me esfuerzo por reír: —¡Un Upmann, claro, faltaría más! Más barato no puede ser. Pero creo que te conformarás con un cigarrillo de tercera. — Y le tiendo la tabaquera abierta. Pero en el mismo instante se me contrae la mano convulsivamente, pues anteayer cumplí veinticinco años, no sé cómo las dos muchachas lo descubrieron y durante la cena, cuando levanté la servilleta de encima del plato, noté que había algo pesado envuelto en ella: una pitillera como regalo de aniversario. Ferencz ya se había dado cuenta del nuevo estuche: en nuestra pequeña camarilla cualquier insignificante bagatela se convierte en un acontecimiento. —Caramba, ¿qué es esto? —gruñe—. ¡Un armamento nuevo! —Me quita sin más la pitillera de la mano (¿cómo puedo impedirselo?), la palpa, la examina y finalmente se vuelve hacia el médico del regimiento sopesándola: —Mira, hasta creo que es de oro auténtico. Toma, échale un vistazo. Dicen que tu digno procreador comercia con este género, de modo que tú también debes de entender algo. El médico del regimiento, Goldbaum, hijo en efecto de un orfebre de Drohobycz, se cala los quevedos sobre su algo gruesa nariz, toma la pitillera, la sopesa, la examina de todos los lados y le da unos golpecitos de experto con los nudillos. —Auténtico —diagnostica al fin—. Oro auténtico, repujado y condenadamente pesado. Con esto se podrían empastar los dientes de todo el regimiento. El precio debe oscilar entre las setecientas y las ochocientas coronas. Tras este veredicto, que a mí mismo me sorprende (había creído que sólo estaba dorada), el médico pasa la pitillera a Jozsi, que la toma con mucho más respeto que los otros dos (¡qué respeto vamos a tener nosotros, jóvenes diablos, por las cosas de valor!). La contempla, se mira en ella, la palpa, finalmente la abre apretando el rubí y se queda perplejo: —¡Vaya, una inscripción! ¡Escuchad, escuchad! «A nuestro querido camarada Anton Hofmiller en su cumpleaños, Ilona, Edith.» Los tres me miran fijamente. —¡Caray! —exclama al fin Ferencz con un suspiro—. ¡Últimamente eliges muy bien a tus camaradas! Te presento mis respetos. De mí hubieras recibido a lo sumo un estuche de cerillas de tumbaga. Se me hace un nudo en la garganta. Mañana todo el regimiento tendrá cumplida noticia de la embarazosa novedad sobre la pitillera de oro que he recibido de los Kekesfalva como regalo y sabrá la inscripción de memoria. «Vamos, enseña tu elegante pitillera», dirá Ferencz en el comedor de oficiales para alardear a costa de mí, y yo se la enseñaré obedientemente al capitán, al comandante y quizá también al coronel. Todos la sopesarán en la mano, la tasarán,

leerán la inscripción con una sonrisa irónica y luego seguirán inevitablemente las preguntas y las bromas, y yo no podré ser descortés en presencia de mis superiores. Confuso y deseoso de poner fin a la conversación, pregunto: — Bueno, ¿no tenéis ganas de echar una partidita? Pero enseguida sus sonrisas bonachonas se tornan franca risa. — ¿Has oído, Ferencz? —le espeta Jozsi—. Ahora, a las doce y media, cuando el cuchitril cierra, el chico quiere jugar a cartas. Y el médico del regimiento se reclina en la silla, cómoda e indolentemente: —Sí, sí, para el afortunado no pasan las horas. Ríen la insípida broma y chasquean la lengua todavía durante un rato, pero ya se acerca el camarero Eugen apremiándonos con humilde insistencia: ¡Hora de cerrar! Vamos juntos —la lluvia ha amainado— hasta el cuartel y una vez allí nos despedimos con un apretón de manos. Ferencz me da un golpecito en el hombro. —Me alegro de que hayas vuelto. Y siento que lo dice de corazón. En realidad, ¿por qué estaba yo tan enojado con ellos? Son todos unos muchachos requetebuenos, decentes, sin pizca de envidia ni de rencor. Y si se burlan un poco de mí, lo hacen sin malicia. (*terrebonne 55 ans et plus*).

Audiolibro La Impaciencia Del Coraz N Stefan Zweig 1 7

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>